

Colección dirigida por:
María Antonieta Pereira
Florencia Garramuño
Gonzalo Aguilar

EEI. Proyecto necesario Valor 15.90 / 19 Abril 2005 - \$ 126.

D
869.24
R 1750.5
0.1

GRACILIANO RAMOS

VIDAS SECAS

Incluye las crónicas:
A propósito de la sequía
Norte y Sur

y textos críticos de:
WANDER MELO MIRANDA
SILVIANO SANTIAGO

Prólogo:
FLORENCIA GARRAMUÑO

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EULENIO PEREIRA SALAS

 CORREGIDOR

- CARVALHO, José Murilo de et al. *Sobre o Pré-Modernismo*. Rio de Janeiro: Fundação Casa de Rui Barbosa, 1988.
- FREYRE, Gilberto. *Manifesto Regionalista*. Instituto Joaquim Nabuco de Pesquisas Sociais, Recife, MEC, 1967.
- . *Interpretación del Brasil*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.
- LAFETÁ, João Luiz. *1930: A Crítica e o Modernismo*. São Paulo: Duas Cidades, 2000.
- LINS, Alvaro. Posfácio. In Graciliano Ramos, *Vidas Secas*. Rio de Janeiro: Record, 1993.
- MELO NETO, João Cabral. "Graciliano Ramos". In *Serial e Antes*. São Paulo: Nova Fronteira, 1997.
- MORAES LEITE, Ligia Chiappini. "Velha praga? Regionalismo literário brasileiro". In Ana María Pizarro (org.) *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura*. Vol. 2, Emancipação do discurso. São Paulo: Memorial; Campinas: Unicamp, 1994.
- PAES, José Paulo. "O art nouveau na literatura brasileira". In *Gregos e Bahianos*. São Paulo: Brasiliense, 1985.
- PRADO, Paulo. "Poesia Pau-Brasil". In Oswald de Andrade, *Obras Completas*, vol. VIII, *Poesias Reunidas*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1974.
- RAMA, Ángel. *Transculturación narrativa en América latina*. México: Siglo XXI, 1992.
- RAMOS, Graciliano. *Memórias do Cárcere*. São Paulo: Record, 1992.
- RAMOS, Clara. "Elementos de biografia". In José Carlos Garbuglio et al., *Graciliano Ramos*. São Paulo: Ática, 1987.
- RESENDE, Beatriz. *Lima Barreto e o Rio de Janeiro em fragmentos*. Rio de Janeiro: Editora da UFRJ, 1993.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. "Graciliano Ramos y el regionalismo nordestino", in *Narradores de esta América. Ensayos*. Montevideo: Alfa, 1963.
- SÜSSEKIND, Flora. *Tal Brasil, Qual Romance? Uma ideologia estética e suas transformações*. Rio: Achiamé, 1982.
- ZILIO, Carlos. *A Querela do Brasil. A questão da identidade da arte brasileira*. Rio de Janeiro: Relume Dumará, 1982.

VIDAS SECAS

MUDANZA

Sobre la llanura enrojecida, los *juazeiros* tendían dos manchas verdes. Los infelices habían caminado todo el día, estaban cansados y hambrientos. Normalmente andaban poco, pero como habían descansado bastante en el lecho del río seco, el viaje avanzó sus buenas tres leguas. Hacía horas que buscaban una sombra. El follaje de los *juazeiros* apareció a lo lejos, a través de las ramas descarnadas de la *catinga* rala.

Se arrastraron hacia allá, lentamente; Doña Vitória con el niño más pequeño montado en su cadera y el baúl de hojalata en la cabeza; Fabiano sombrío, las piernas arqueadas, con el morral en bandolera, el cuenco colgado en una correa del cinturón, la escopeta de pedernal al hombro. El niño mayor y la perra Baléia iban detrás.

Los *juazeiros* se aproximaban, retrocedían, desaparecían. El niño mayor se puso a llorar y se sentó en el suelo.

—Caminá, condenado del diablo —le gritó el padre.

Como no obtuviera respuesta, lo fustigó con la vaina del cuchillo de punta. Pero el pequeño pataleó acosado, luego se tranquilizó, se acostó, cerró los ojos. Fabiano le dio algunos golpes más y esperó a que se levantara. Como no lo hiciera, miró a su alrededor, enojado, rezongando por lo bajo.

La *catinga* se extendía, de un rojo indeciso salpicado de las manchas blancas de las osamentas. El vuelo negro de los *urubús* hacía círculos altos alrededor de animales moribundos.

—Caminá, excomulgado.

El pequeño no se movió, y Fabiano deseó matarlo. Tenía el corazón acongojado y quería responsabilizar a alguien por su desgracia. La sequía le parecía un hecho necesario y la obstinación del crío lo irritaba. Desde luego, ese obstáculo menudo no tenía la culpa, pero dificultaba la marcha, y el vaquero necesitaba llegar, no sabía dónde.

Habían dejado atrás los caminos, llenos de espinas y guijarros; hacía horas que pisaban la orilla del río, el barro seco y resquebrajado que escaldaba los pies.

Por el ánimo atribulado del *sertanejo* pasó la idea de abandonar al hijo en aquel descampado. Pensó en los *urubús*, en las osamentas; se rascó la barba rubia y sucia, indeciso; examinó los alrededores. Doña Vitória estiró el labio indicando vagamente una dirección y afirmó con algunos sonidos guturales que estaban cerca. Fabiano envainó el cuchillo, lo guardó en el cinturón, se arrodilló, tomó el pulso del niño, que se encogía con las rodillas sobre el estómago, frío como un difunto. Entonces la cólera desapareció y Fabiano sintió pena. Imposible abandonar al angelito a los animales del matorral. Le dio la escopeta a Doña Vitória, se colgó el hijo del cuello, se levantó, aferró los bracitos que le caían sobre el pecho, blandos, delgados como palitos. Doña Vitória aprobó el arreglo, lanzó de nuevo una interjección gutural y señaló los *juazeiros* invisibles.

Y el viaje prosiguió, más lento, más arrastrado, en un gran silencio.

Al verse sin su compañero, la cachorra Baléia se puso al frente del grupo. Arqueada, las costillas a la vista, corría jadeando, la lengua fuera de la boca. Y de cuando en cuando se detenía, esperando a las personas, que se demoraban.

Todavía la víspera eran seis vivientes, contando al papagayo. Pobre; murió en el lecho del río, donde habían

descansado, a la orilla de un pozo: el hambre apretó demasiado a los retirantes —y por allí no había señal de comida. Baléia se comió las patas, la cabeza, los huesos del amigo, y no se acordaba de nada. Ahora, cuando paraba, dirigía las pupilas brillantes a los objetos familiares y le extrañaba no ver sobre el baúl de hojalata la jaula pequeña donde el ave apenas se equilibraba. Fabiano también sentía a veces la falta de ella, pero luego el recuerdo llegaba. Había estado buscando raíces en vano; el resto de la harina se había terminado; no se oía ni un berrido de res perdida en la *catinga*. Doña Vitória, quemándose las posaderas en el suelo, las manos cruzadas asegurando sus rodillas huesudas, pensaba en acontecimientos antiguos que no se relacionaban: fiestas de casamiento, rodeos, novenas, todo en una confusión. La despertó un grito áspero, vio de cerca la realidad y el papagayo, que estaba furioso, con las patas como paletas, en una postura ridícula. Resolvió de sopetón aprovecharlo como alimento y se justificó diciéndose a sí misma que era mudo e inútil. No podía no ser mudo. Normalmente la familia hablaba poco. Y después de aquel desastre vivían todos callados; raramente soltaban palabras cortas. El loro flotaba, llamando un ganado inexistente, y ladraba imitando a la perra.

Las manchas de los *juazeiros* volvieron a aparecer. Fabiano apresuró el paso, olvidó el hambre, el cansancio y las heridas. Sus ojotas estaban gastadas en los talones, y la correa le había abierto entre los dedos grietas dolorosísimas. Los talones, duros como cascos, se agrietaban y sangraban.

En un recodo del camino vio un ángulo de alambrado: lo inundó la esperanza de encontrar comida y sintió deseos de cantar. La voz le salió ronca, asustadora. Se calló para no malgastar fuerzas.

Dejaron la orilla del río, siguieron el alambrado, subieron una ladera, llegaron a los *juazeiros*. Hacía tiempo que no veían sombra.

Doña Vitória acomodó a los hijos, a los que habían cargado como fardos, y los cubrió con trapos. El niño mayor, pasado el vértigo que lo derrumbara, encogido sobre hojas secas, la cabeza apoyada en una raíz, se adormecía y se despertaba. Y cuando abría los ojos distinguía vagamente un cerro próximo, algunas piedras, un carro de bueyes. La perra Baléia fue a enroscarse junto a él.

Estaban en el patio de una hacienda sin vida. El corral desierto, el chiquero de las cabras arruinado y también desierto, la casa del vaquero cerrada; todo anunciaba abandono. No cabía duda de que, acabado el ganado, los moradores habían huido.

Fabiano procuró en vano percibir el sonido de algún cencerro. Se acercó a la casa, golpeó, intentó forzar la puerta. Como encontrara resistencia, atravesó un cercado lleno de plantas muertas, rodeó la tapera, alcanzó la terraza del fondo, vio un gredal vacío, un bosque de *catigueiras* marchitas, un tronco de turco y la continuación de la cerca del corral. Se trepó al tapial; examinó la *catinga*, donde abundaban las osamentas y la negrura de los *urubús*. Descendió, empujó la puerta de la cocina. Volvió desanimado; se quedó un instante en la galería, con la intención de hospedar ahí a la familia. Pero al llegar a los *juazeiros* encontró a los niños dormidos y no quiso despertarlos. Fue a juntar leña, trajo del chiquero de las cabras una brazada de madera medio roída por las termitas, arrancó trozos de *macambira* y arregló todo para una fogata.

En ese momento Baléia enderezó las orejas, levantó el hocico, sintió olor de *preás*, olfateó un minuto, los localizó en la sierra cercana y salió corriendo.

Fabiano la siguió con la vista y quedó pasmado: una sombra pasaba por encima del cerro. Tocó el brazo de la mujer, señaló el cielo, se quedaron los dos algún tiempo aguantando la claridad del sol. Se secaron las lágrimas, fueron a agacharse cerca de los hijos, suspirando; se quedaron encogidos, temiendo que la nube se hubiera deshecho, vencida por el azul terrible, aquel azul que deslumbraba y enloquecía a la gente.

Empezaba un día y terminaba otro. Las noches cubrían la tierra de golpe. El cobertor añil caía, oscurecía todo, quebrado apenas por los rojos del poniente.

Minúsculos, perdidos en el desierto quemado, los fugitivos se abrazaron, sumaron sus desgracias y pavores. El corazón de Fabiano batió junto al corazón de doña Vitória, un abrazo cansado acercó los harapos que los cubrían. Se resistieron a la debilidad y se apartaron avergonzados, sin ánimo de afrontar de nuevo la luz dura, recelosos de perder la esperanza que los alentaba.

Se estaban amodorrando cuando los despertó Baléia, que traía en los dientes un *preá*. Se levantaron todos gritando. El niño mayor se refregó los párpados, apartando pedazos de sueño. Doña Vitória besaba el hocico de Baléia, y como el hocico estaba ensangrentado, lamía la sangre y sacaba provecho del beso.

Aquello era caza bien mezquina, pero retrasaría la muerte del grupo. Y Fabiano quería vivir. Miró el cielo con resolución. La nube había crecido, ahora cubría todo el cerro. Fabiano pisó con seguridad, olvidando las grietas que le estragaban los dedos y los talones.

Doña Vitória revolvió en el baúl, los niños fueron a cortar una vara de romero para hacer un asador. Baléia, con el oído atento, el trasero en reposo y las piernas de adelante erguidas, vigilaba, aguardando la parte que le tocaría, probablemente los huesos del animal y tal vez el cuero.

Fabiano tomó el cuenco, descendió la ladera, se encaminó hacia el río seco, encontró en el bebedero de los animales un poco de barro. Cavó en la arena con las uñas, esperó que el agua brotara y, de bruces en el suelo, bebió con ansia. Saciado, se tumbó boca arriba, mirando las estrellas que estaban naciendo. Una, dos, tres, cuatro; había muchas estrellas, había más de cinco estrellas en el cielo. El poniente se cubría de cirros y una alegría enloquecida inundaba el corazón de Fabiano.

Pensó en la familia, sintió hambre. Caminando, se movía como una cosa; a decir verdad no se diferenciaba mucho de la volandera de don Tomás. Ahora, acostado, apretaba la barriga y entrechocaba los dientes. ¿Qué habría pasado con la volandera de don Tomás?

Miró al cielo de nuevo. Los cirros se acumulaban, la luna surgió, grande y blanca. Sin duda iba a llover.

Don Tomás también había huido: con la sequía, la volandera del molino estaba parada. Y él, Fabiano, era como la volandera. No sabía por qué, pero era. Una, dos, tres; había más de cinco estrellas en el cielo. La luna estaba rodeada por un halo color de leche. Iba a llover. Bien. La *catinga* resucitaría, la simiente del ganado volvería al corral, y él, Fabiano, sería el vaquero de aquella hacienda muerta. Cencerros de badajos de huesos animarían la soledad. Los niños —gordos, rojos— jugarían en el chiquero de las cabras, doña Vitória vestiría polleras de floreados vistosos. Las vacas poblarían el corral. Y la *catinga* se pondría toda verde.

Se acordó de los hijos, de la mujer y de la perra, que estaban allá arriba, debajo de un *juazeiro*, sedientos. Se acordó del *preá* muerto. Llenó el cuenco, se irguió, se alejó, lento, para no derramar el agua salobre. Subió la ladera. La brisa tibia sacudía los *xiquexiques* y los *mandacarús*. Una palpitación nueva. Sintió un estremecimiento

de la *catinga*, una resurrección de ramas descarnadas y hojas secas.

Llegó. Puso el cuenco en el piso, sujetándolo con piedras, y mató la sed de la familia. En seguida se arrojó, revolió el morral, sacó el fusil, encendió las raíces de *macambira*, las sopló hinchando las mejillas hundidas. Una llamarada tembló, se elevó, le tiñó el rostro quemado, la barba rubia, los ojos azules. Minutos después el *preá* se retorció y se asaba en el asador de romero.

Todos se sentían dichosos. Doña Vitória vestiría una pollera larga floreada. La cara marchita de doña Vitória se remozaría, las nalgas flácidas de doña Vitória engordarían, la ropa encarnada de doña Vitória provocaría la envidia de las otras mestizas.

La luna crecía, la sombra lechosa crecía; las estrellas se fueron desvaneciendo en aquella blancura que henchía la noche. Una, dos, tres; ahora había pocas estrellas en el cielo. Allí cerca la nube oscurecía el cerro.

La hacienda renacería —y él, Fabiano, sería el vaquero, a decir verdad, sería el dueño de aquél mundo.

Sus trastos menguados se juntaban en el piso: la escopeta de pederneira, el morral, el cuenco de agua, el baúl de hojalata pintada. La fogata crepitaba. El *preá* chirriaba encima de las brasas.

Una resurrección. Los colores de la salud volverían a la cara triste de doña Vitória. Los niños se revolcarían en la tierra blanda del chiquero de las cabras. Cencerros tintinearían por los alrededores. La *catinga* se pondría verde.

Baléia agitaba la cola, mirando las brasas. Y como no podía ocuparse de aquellas cosas, esperaba con paciencia la hora de roer los huesos. Después se dormiría.

FABIANO

Fabiano curó en la huella la herida llena de bichos de la novilla colorada. Llevaba en el morral un frasco de creolina, y si hubiera encontrado el animal, habría hecho la cura ordinaria. No lo encontró, pero creyó distinguir sus pisadas en la arena, se bajó, cruzó dos ramitas en el suelo y rezó. Si el animal no estaba muerto, volvería para el corral, porque la oración tenía mucha fuerza.

Cumplida la obligación, Fabiano se levantó con la conciencia tranquila y volvió a su casa. Se llegó hasta la orilla del río. La arena blanda lo cansaba, pero allí, en el barro seco, sus ojotas hacían chap-chap; los badajos de los cencerros que le pesaban en el hombro, colgados en correas, golpeaban sordos. La cabeza inclinada, la espalda curva, agitaba los brazos hacia la derecha y hacia la izquierda. Esos movimientos eran inútiles, pero el vaquero, el padre del vaquero, el abuelo y otros antepasados más antiguos se habían acostumbrado a recorrer senderos, apartando el matorral con las manos. Y los hijos ya comenzaban a reproducir el gesto hereditario.

Chap-chap. Los tres pares de ojotas golpeaban el barro resquebrajado, seco y blanquecino por arriba; negro y blando por debajo. El barro de la orilla del río, pisoteado por las ojotas, oscilaba.

La perra Baléia corría adelante, el hocico levantado, buscando en la *catina* la novilla colorada.

Fabiano iba satisfecho. Sí señor, se las había arreglado. Había llegado en aquel estado, con la familia muriéndose

de hambre, comiendo raíces. Se había dejado caer en el patio, debajo de un *juazeiro*; después se había apoderado de esa casa desierta. Él, la mujer y los hijos se habían habituado a ese cuartucho oscuro, parecían ratones —y el recuerdo de los sufrimientos pasados se extinguió.

Pisó con firmeza en el suelo agrietado, sacó el cuchillo de punta, escarbó sus uñas sucias. Sacó del morral un pedazo de tabaco, lo picó, hizo un cigarrillo con paja de maíz, lo encendió y se puso a fumar con deleite.

—Fabiano, sos un hombre, exclamó en voz alta.

Se contuvo, notó que los niños estaban cerca, sin dudas iban a sorprenderse oyéndolo hablar solo. Y, pensándolo bien, él no era hombre: era apenas un mestizo ocupado en cuidar cosas de los otros. Enrojecido, quemado; tenía los ojos azules, la barba y los cabellos rubios pero como vivía en tierra ajena y cuidaba animales ajenos, se descubría, se encogía ante la presencia de los blancos y se consideraba mestizo.

Miró a su alrededor, receloso de que, además de los niños, alguien hubiera oído la frase imprudente. La corrigió, murmurando:

—Sos un animal, Fabiano.

Para él esto era motivo de orgullo. Sí señor: un animal, capaz de vencer dificultades.

Había llegado en aquella situación espantosa —y allí estaba, fuerte, hasta gordo, fumando su cigarrillo de paja.

—Un animal, Fabiano.

Miró a su alrededor, con recelo de que, además de los niños, alguien hubiera percibido la frase imprudente. La corrigió, murmurando:

—Un animal, Fabiano.

Lo era. Se había adueñado de la casa porque no tenía dónde caer muerto, pasara algunos días masticando raíz de *imbú* y semillas de *mucuma*. Vino la tormenta. Y, con ella,

el hacendado; que lo había expulsado. Fabiano se hizo el desentendido y ofreció sus servicios rezongando, rascándose los codos, sonriendo afligido. Lo que quería era quedarse. Y el patrón lo aceptó, entregándole las marcas de hierro.

Ahora Fabiano era vaquero y nadie lo sacaría de allí. Había aparecido como un animal, se había metido en su madriguera como un animal, pero había criado raíces, estaba plantado. Miró los *quipás*, los *mandacarús* y los *xiquexiques*. Era más fuerte que todo eso, era como las *catigueiras* y las *baraúnas*. Él, doña Vitória, los dos hijos y la perra Baléia estaban aferrados a la tierra.

Chap-chap. Las ojotas golpeaban el piso agrietado. El cuerpo del vaquero se encorvaba, las piernas hacían dos arcos, los brazos se movían como si estuvieran desgovernados. Parecía un mono.

Se entristeció. ¡Considerarse plantado en tierra ajena! Error. Su destino era correr mundo, andar de un lado para el otro, sin sentido, como judío errante. Un vagabundo empujado por la sequía. Se encontraba allí de paso, era un huésped. Sí señor: un huésped que se demoraba, se encarinaba con la casa, con el corral, con el chiquero de las cabras, con el *juazeiro* que una noche los había protegido.

Chasqueó los dedos. La perra Baléia, a los saltos, vino a lamerle las manos gruesas y peludas. Fabiano recibió la caricia, se enterneció.

—Sos un animal, Baléia.

Vivía lejos de los hombres; sólo se llevaba bien con los animales. Sus pies duros quebraban espinas y no sentían el calor de la tierra. Montado, se confundía con el caballo, se pegaba a él. Y hablaba una lengua cantada, monosilábica y gutural, que el compañero entendía. A pie, no aguantaba demasiado. Se inclinaba hacia un lado, hacia el otro, patizambo, torcido y feo. A veces utilizaba en las relaciones

con las personas la misma lengua con que se dirigía a las bestias —exclamaciones, onomatopeyas. En realidad, hablaba poco. Lo sorprendían las palabras largas y difíciles de la gente de la ciudad; intentaba reproducir algunas, en vano, pero sabía que ellas eran inútiles y tal vez peligrosas.

Uno de los críos se acercó y le preguntó alguna cosa. Fabiano paró, frunció el ceño, esperó con la boca abierta la repetición de la pregunta. Como no entendió lo que el hijo deseaba, lo reprendió. El niño se estaba volviendo muy curioso, muy entrometido. Si continuaba así, metido en lo que no era cuenta suya, ¿cómo iba a acabar? Lo echó, humillado:

—Estos demonios tienen unas ideas...

No terminó el pensamiento, pero pensó que aquello era erróneo. Intentó recordar su infancia, se vio pequeño, impertinente, con la camiseta percutida y rota acompañando a su padre en el trabajo del campo, preguntándole cualquier cosa. Llamó a los hijos, habló de cosas inmediatas, procuró interesarlos. Dio unas palmadas.

—¡Busca, busca!

La perra Baléia salió corriendo entre los matorrales y los *quipás*, olfateando la novilla colorada. Al cabo de algunos minutos volvió desanimada, triste, con la cola mustia, el rabo entre las patas. Fabiano la consoló, la acarició. Sólo quería enseñar a los niños. Era bueno que supieran cómo había que proceder.

Apuró el paso, dejó el barro seco de la orilla del río, llegó a la ladera que llevaba al patio. Era como si en su vida hubiera aparecido un agujero. Necesitaba hablar con su mujer, alejar aquella perturbación, llenar los cestos, dar pedazos de *mandacarú* al ganado. Felizmente la novilla colorada estaba curada con rezos. Si muriera, no sería por culpa de él.

—¡Busca, busca!

Baléia voló de nuevo entre las *macambiras*, inútilmente. Los chicos se divertían, se animaron, y el humor de Fabiano se despejó. Aquello era lo correcto. Baléia no iba a encontrar a la novilla en un grupo de *macambiras*, pero era conveniente que los niños se acostumbraran al ejercicio fácil: batir palmas, expandirse a gritos, siguiendo los movimientos del animal. La perra volvió, con la lengua afuera, jadeando. Fabiano se colocó al frente del grupo, satisfecho con la lección, pensando en la yegua que iba a montar, una yegua que no había sido marcada a hierro ni tenía silla de montar. Iba a haber en la *catinga* un gran revuelo.

Ahora quería discutir con doña Vitória la educación de los niños. Sin duda ella no tenía la culpa. Ocupada con los quehaceres de la casa, regando los claveles y las macetas de hierbabuena, bajando hasta el bebedero con el cubo vacío y volviendo con el cubo lleno, dejaba a los hijos sueltos en el lodazal, embarrados como puercos. Y ellos estaban preguntones, insoportables. Fabiano se llevaba bien con la ignorancia. ¿Tenía derecho a saber? ¿Tenía? No tenía.

—Eso es.

Si aprendiera alguna cosa, necesitaría aprender más, y nunca quedaría satisfecho.

Se acordó de don Tomás de la volandera. De los hombres del sertón el más arruinado era don Tomás. ¿Por qué? Sólo porque leía demasiado. Él, Fabiano, le había dicho muchas veces: “—Don Tomás, usted no razona. ¿Para qué tanto papel? Cuando llegue la desgracia, don Tomás la pasará mal, igual que todos los demás.” Y vino la sequía y el pobre viejo, tan bueno y tan lindo, perdió todo; andaba por ahí, decaído. Tal vez ya hubiera estirado

la pata: alguien como él no podía aguantar un verano tan agobiante.

Desde luego: aquella sabiduría inspiraba respeto. Cuando don Tomás de la volandera, pasaba —amarillo, sesudo, encorvado, montado en un caballo ciego, un pie aquí, otro allá— Fabiano y los otros se descubrían. Y don Tomás respondía tocando la orilla del sombrero de paja, se daba vuelta hacia un lado y hacia el otro, abriendo mucho las piernas calzadas en botas negras con remiendos rojos.

En sus horas de ensueño, Fabiano deseaba imitarlo: decía palabras difíciles, truncando todo, y se convencía de que mejoraba. Estupidez. Se veía perfectamente que un sujeto como él no había nacido para hablar bien.

Don Tomás, el de la volandera, hablaba bien, se arruinaba los ojos con periódicos y libros, pero no sabía mandar: pedía. Extraño que un hombre de recursos fuera cortés. Hasta el pueblo censuraba aquellas maneras. Pero todos le obedecían. ¡Ah! ¿Quién dice que no le obedecían?

Los otros blancos eran distintos. El patrón actual, por ejemplo, gritaba sin necesidad. Casi nunca venía a la hacienda, sólo ponía los pies en ella para encontrar todo mal. El ganado aumentaba, el servicio iba bien, pero el propietario reprendía al vaquero. Lógico. Lo reprendía porque podía reprenderlo, y Fabiano oía las reprimendas con el sombrero de cuero debajo del brazo, se disculpaba y prometía corregirse. Mentalmente juraba no corregir nada, porque estaba todo en orden, y el amo sólo quería mostrar autoridad, gritar que era el dueño. ¿Quién lo dudaba?

Fabiano, una cosa de la hacienda, un traste; sería despedido cuando menos lo esperara. Cuando fue contratado, recibió el caballo, perneras, jubón, pechera y zapatos de cuero crudo, pero al irse dejaría todo al vaquero que lo reemplazara.

Doña Vitória deseaba tener una cama igual a la de don Tomás de la volandera. Locura. No decía nada para no contrariarla, pero sabía que era una locura. ¿Acaso los indigentes podían tener lujo? Y estaban allí de paso. Cualquier día el patrón los echaría, y ellos saldrían al mundo, sin rumbo; ni tendrían forma de llevarse las gallinas. Vivían con la mochila hecha, dormirían bien debajo de un palo.

Miró la *catínga* amarilla, que el poniente enrojecía. Si la sequía llegara, no quedaría planta verde. Se estremeció. Llegaría, naturalmente. Siempre había sido así, desde que él tenía uso de la razón. Y antes, antes de nacer, sucedió lo mismo: años buenos mezclados con años malos. La desgracia estaba en camino, tal vez estuviera cerca. Ni valía la pena trabajar. Mientras él marchaba hacia la casa, trepando la ladera, desparramando piedras con las sandalias, ella se acercaba al galope, con deseos de matarlo.

Volvió el rostro para huir a la curiosidad de los hijos, y se bendijo. No quería morir. Aún pretendía correr mundo, ver tierras, conocer gente importante como don Tomás de la volandera. Era una suerte mala, pero Fabiano quería pelear con ella, sentirse con fuerza para pelear con ella y vencerla. No quería morir. Estaba escondido en el matorral como un armadillo. Duro, lerdo como un tatú. Pero un día saldría de la madriguera, andaría con la cabeza levantada, sería hombre.

—Un hombre, Fabiano.

Se rascó la barbilla peluda, paró, volvió a encender el cigarrillo. No, probablemente no sería hombre: sería aquello mismo toda la vida; mestizo, mandado por los blancos, casi una res en la hacienda ajena.

¿Y después? Fabiano estaba seguro de que no se acabaría tan pronto. Había pasado días sin comer, apretando el cinto, encogiéndose el estómago. Viviría muchos

años, viviría un siglo. Pero si muriera de hambre o en los cuernos de un toro, dejaría hijos robustos, que generarían otros hijos.

Todo seco alrededor. Y el patrón era seco también, agresivo, exigente y ladrón, espinoso como un tronco de *mandacarú*.

Era indispensable que los niños entraran en el buen camino, supieran cortar *mandacarú* para el ganado, arreglar cercas, domar potros. Necesitaban ser duros, convertirse en armadillos. Si no se curtían, terminarían como don Tomás de la volandera. Pobre. ¿Para qué le servía tanto libro, tanto diario? Murió a causa de su estómago enfermo y sus piernas débiles.

Un día... Sí, cuando las sequías desaparecieran y todo anduviera bien... ¿Desaparecerían y todo andaría bien? No lo sabía. El que debería haber leído eso era don Tomás de la volandera. Libres de aquel peligro, los chicos podrían hablar, preguntar, llenarse de caprichos. Ahora tenían la obligación de comportarse como gente de la calaña de ellos.

Llegó al patio, miró la casa baja y oscura, de tejas negras, dejó atrás los *juazeiros*, las piedras donde se tiraban las cobras muertas, la carreta de bueyes. Las ojotas de los pequeños golpeaban en el piso blanco y liso. La perra Baléia trotaba jadeando, con la boca abierta.

A esa hora doña Vitória debía estar en la cocina, arrodillada junto al fogón, con su pollera floreada apretada entre los muslos, preparando la cena. Fabiano sintió deseos de comer. Después de la comida hablaría con doña Vitória sobre la educación de los niños.

CÁRCEL



Fabiano había ido a la feria de la ciudad a comprar provisiones. Necesitaba sal, harina, porotos y azúcar. Doña Vitória había pedido además de eso una botella de querosén y un corte de lienzo rojo. Pero el querosén del señor Inácio estaba mezclado con agua, y el lienzo de muestra era demasiado caro.

Fabiano recorrió las tiendas, escogiendo el paño, regateando un centavo por medio metro, receloso de que lo engañaran. Estaba indeciso, una gran desconfianza le daba un aire avieso. A la tarde sacó el dinero, un poco tentado, y luego se arrepintió, seguro de que todos los cajeros robaban en el precio y en la medida: ató los billetes a la punta del pañuelo, los metió en la faltriquera, se dirigió a la taberna de don Inácio, donde guardaba los trastes.

Ahí se cercioró nuevamente de que el querosén estaba bautizado y decidió beber un trago, pues tenía calor. Don Inácio trajo la botella de aguardiente. Fabiano terminó el vaso de un trago, escupió, se limpió los labios en la manga, contrajo el rostro. Juraría que el aguardiente tenía agua. ¿Por qué sería que don Inácio ponía agua en todo?, se preguntó mentalmente. Se animó y le preguntó al tabernero.

—¿Por qué es que usted le pone agua a todo?

Don Inácio fingió no oír. Y Fabiano se fue a sentar en la vereda, resuelto a conversar. El vocabulario de él era pequeño, pero en horas de comunicabilidad se enriquecía

con algunas expresiones de don Tomás de la volandera. Pobre don Tomás. Un hombre tan correcto desaparecer como indigente, andar por ese mundo de mochila a la espalda. Don Tomás era persona de consideración y votaba. ¡Quién lo hubiera dicho!

En ese momento un soldado amarillo se aproximó y golpeó familiarmente en el hombro de Fabiano.

—¿Cómo anda, compañero? ¿Vamos a jugar un treinta y uno ahí adentro?

Fabiano reparó en el uniforme con respeto y tartamudeó, buscando las palabras del señor Tomás de la volandera:

—Claro, vamos o no vamos. Es decir, como quiera. Como usted quiera.

Se levantó y caminó detrás del amarillo, que era la autoridad y mandaba. Fabiano siempre había obedecido. Era fuerte y vigoroso, pero pensaba poco, deseaba poco y obedecía.

Atravesaron la taberna, el corredor, desembocaron en una sala donde varios tipos jugaban a las cartas encima de una estera.

—Hagan lugar —dijo el policía—. Hay gente.

Los jugadores se apretaron, los dos hombres se sentaron, el soldado amarillo tomó el mazo. Pero con tanta mala suerte que al poco tiempo se enredó. Fabiano también se metió en dificultades. Doña Vitória iba a enojarse, y con razón.

Se puso de pie furioso y salió de la sala, enojado.

—Esperá ahí, paisano —gritó el amarillo.

Fabiano, con sus orejas ardiendo, no se dio vuelta. Fue a pedirle a don Inácio las cosas que le diera a guardar, se puso el jubón, pasó las correas de las alforjas por los hombros, ganó la calle.

Debajo del *jatobá* de la plaza conversó con doña Rita, la vendedora de loza, sin atreverse a volver a casa. ¿Qué le iba a decir a doña Vitória? Inventaba una explicación difícil. Había perdido el paquete de la hacienda, pagado en la taberna una botella para doña Rita la vendedora de loza. Se enredaba: tenía la imaginación débil y no sabía mentir. En las mentiras con que pretendía justificarse aparecía siempre la figura de doña Rita, y esto le disgustaba. Armaría una historia sin ella, diría que le habían robado la plata del lienzo. ¿Acaso no era así? Los compañeros lo habían pelado en el treinta y uno. Pero no tenía que mencionar el juego. Contaría simplemente que el pañuelo con los billetes había quedado en el bolso del jubón y que se había perdido. Diría: "Compré los alimentos. Dejé el jubón y las alforjas en la taberna de don Inácio. Me encontré con un soldado amarillo". No, no se había encontrado con nadie. Se enredaba de nuevo. Tenía ganas de referirse al soldado, un viejo conocido, amigo de la infancia. La mujer se sentiría halagada con la noticia. Tal vez no. Era lista, se daría cuenta de la fanfarronada. Entonces estaba acabado. El dinero había desaparecido del bolsillo del jubón, en la venta de don Inácio. Así de simple.

Repetía que era simple cuando alguien le dio un empujón y lo tiró contra el *jatobá*. La feria estaba siendo levantada; oscurecía; el hombre de la iluminación, trepado a una escalera, encendía los faroles. La estrella vespertina brilló sobre la torre de la iglesia; el doctor juez de derecho apareció en la puerta de la farmacia; el cobrador de la municipalidad pasó cojeando, con talones de recibos debajo del brazo; el carro de la basura rodó en la plaza recogiendo cáscaras de frutas; el señor vicario salió de su casa y abrió el paraguas, por el relente; Doña Rita, la vendedora de loza, se fue.

Fabiano se estremeció. Llegaría a la hacienda de noche cerrada. Entretenido con el demonio del juego, atontado por el aguardiente, se le había pasado el tiempo. Y no llevaba el querosén, tendría que iluminarse durante la semana con pedazos de teas. Se aprestó, dispuesto a emprender el viaje. Otro empujón lo desequilibró. Se dio vuelta y vio allí cerca al soldado amarillo, que lo amenazaba, con la cara disgustada y la frente arrugada. Se movió para sacudir el sombrero de cuero en las narices del agresor. Con un golpe certero del sombrero de cuero, aquel pedazo de persona se caía al barro. Miró las cosas y las personas en rueda y moderó la indignación. En la *catinga* él a veces cantaba como un gallo, pero en la calle se encogía.

—Usted no tiene derecho a provocar a quien no está haciendo nada.

—Fuera —gritó el policía.

E insultó a Fabiano porque había abandonado la taberna sin despedirse.

—Mentira —tartamudeó el paisano—. Yo no tengo la culpa de que usted pierda sus pertenencias en el juego.

Se atragantó. La autoridad rondó por allí un instante, con ganas de buscar pleitos. No encontrando pretexto, se acercó y plantó el taco de la bota en la ojota del vaquero.

—Eso no se hace, hombre, protestó Fabiano. Estoy tranquilo. Mire que el pie de las personas es blando y caliente.

El otro siguió pisándolo con fuerza. Fabiano se impacientó y le mentó la madre. El amarillo tocó el silbato y en pocos minutos el destacamento de la ciudad rodeaba el *jatobá*.

—Camine, gritó el cabo.

Fabiano marchó desorientado, entró en la cárcel, oyó sin comprender una acusación terrible y no se defendió.

—Exacto —dijo el cabo—. De espaldas, paisano.

Fabiano cayó de rodillas, repetidamente una lámina de facón le pegó en el pecho, otra en la espalda. Enseguida abrieron una puerta, le dieron un empujón que lo tiró hacia las tinieblas de la cárcel. La llave tintineó en la cerradura, y Fabiano se irguió atontado, trastabilló, se sentó en un rincón, refunfuñando:

—¡Hum! ¡Hum!

¿Por qué habían hecho eso? No lo entendía. Una persona de buenas costumbres, sí señor, nunca había ido preso. De repente un conflicto sin motivo. Estaba tan perturbado que no podía creer en su desgracia. Le habían caído todos encima, de repente, como unos condenados. Así un hombre no podía resistir.

—Bueno, bueno.

Se pasó las manos por el pecho, se sintió molido, los ojos azulados brillaron como ojos de gato. Realmente lo habían zurrado y apresado. Pero era un caso tan extraño que instantes después balanceaba la cabeza, dudando, a pesar de los moretones.

Pero, el soldado amarillo... Sí, había un amarillo, criatura desgraciada que él, Fabiano, podría deshacer de un sopapo. No lo había hecho por los hombres que mandaban. Escupió, con desprecio:

—Sinvergüenza, infeliz, escoria de gente.

Por culpa de una peste como aquella maltrataban a un padre de familia. Pensó en su mujer, en sus hijos, en la perrita. Gateando, buscó las alforjas, que habían caído al piso, comprobó que los objetos comprados en la feria estaban todos allí. Podría haberse perdido alguna cosa en el barullo. Se acordó de un género que había visto en una tienda. Bonito, con cuerpo, largo, rojo y con flores; exactamente lo que doña Vitória deseaba. Por ahorrar un centavo por metro terminaba el día de aquella manera.

Volvió a buscar en las alforjas. Doña Vitória debía estar preocupada con su tardanza. La casa a oscuras, los niños alrededor del fuego, la perra Baléia vigilando. Seguramente habían cerrado la puerta delantera.

Estiró las piernas, apoyó sus carnes doloridas contra la pared. Si le hubieran dado tiempo, habría explicado todo perfectamente. Pero lo habían tomado por sorpresa y había enmudecido. ¿Quién no se habría azorado con semejante despropósito? No quería convencerse de que la maldad hubiera sido para él. Se habían equivocado, probablemente el amarillo lo había confundido con otro. Era eso, seguro.

¿Entonces, porque un sinvergüenza provocador se impacienta, arrojan a un mestizo a la cárcel y le pegan? Sabía perfectamente que era así, se había acostumbrado a todas las violencias, a todas las injusticias. Y a los conocidos que dormían en la cárcel y aguantaban chicotazos. Paciencia. Recibir golpes del gobierno no es insulto.

Pero ahora rechinaba los dientes y bufaba. ¿Merecía ese castigo?

Y, por más que lo intentaba, no se convencía de que el soldado amarillo fuera el gobierno. El gobierno, algo distante y perfecto, no podía equivocarse. El soldado amarillo estaba allí cerca, detrás de las rejas, era débil y ruin, jugaba en la estera con los paisanos y después los provocaba. El gobierno no debía consentir tamaña vergüenza.

Al final, ¿para qué servían los soldados amarillos? Dio una patada a la pared, gritó enfurecido. ¿Para qué servían los soldados amarillos? Los otros presos se movieron, el carcelero se acercó a la reja, y Fabiano se calmó:

—Bueno, bueno. No pasa nada.

Había muchas cosas. Él no podía explicarlas, pero las había. Que le fueran a preguntar a don Tomás de la volan-

dera, que leía libros y sabía dónde tenía puestas sus narices. Don Tomás de la volandera contaría aquella historia. Él, Fabiano, una bestia, no contaba nada. Sólo quería volver junto a Doña Vitória y acostarse en la cama de tablas. ¿Por qué venían a meterse con un hombre que sólo quería descansar? Debían meterse con otros.

—¡Ah!

Todo era un equívoco.

—¡Ah!

¿Tendrían valor? Imaginó al soldado amarillo disparándole a un bandolero en la *catanga*. Era gracioso. No tenía pasta.

Se acordó de la vieja casa donde vivía, de la cocina, de la olla que chillaba en el fogón de piedras. Abrió las alforjas de nuevo: el paquete de sal no se había perdido. Bien. Doña Vitória probaba el caldo en la escudilla de coco. Y Fabiano se atormentaba pensando en ella, en los hijos y en la perra Baléia, que era como una persona de la familia, sabida como persona. En aquel viaje arrastrado, en tiempo de sequía brava, cuando estaban todos muriendo de hambre, la perrita les había conseguido un *preá*. Estaba envejeciendo, pobre. Doña Vitória, inquieta, seguramente había ido varias veces a escuchar a la puerta delantera. El gallo movía las alas, los animales bostezaban en el chiquero, los cencerros de las vacas tañían.

Si no fuera por eso... ¡Ah! ¿En qué estaba pensando? Metió los ojos por la reja de la calle. ¡Uy! ¡Qué negrura! El farol de la esquina se había apagado, probablemente el hombre de la escalera sólo había puesto en él un cuarto de querosén.

Pobre doña Vitória, llena de preocupación, en la oscuridad. Los niños sentados cerca de la lumbre, la olla chillando en el fogón de piedras, Baléia atenta, el cande-

labro de hojalata colgando en la punta de una vara que salía de la pared.

Estaba tan cansado, tan machucado, que se estaba adormeciendo en medio de aquella desgracia. Había allí un borracho desvariando en voz alta y algunos hombres agachados alrededor de un fuego que llenaba la cárcel de humo. Discutían y se quejaban de la leña mojada.

Fabiano dormitaba, y la cabeza pesada se inclinaba hacia el pecho y se levantaba. Debía haber comprado el querosén de don Inácio. La mujer y los chicos aguantando el humo en los ojos.

Se despertó sobresaltado. ¿No estaba confundiendo a las personas, disparando? Tal vez fuera efecto del aguardiente. No, no lo era: había bebido un vaso, cuanto mucho cuatro dedos. Si le hubieran dado tiempo habría contado lo que pasó.

Oyó el habla inconexa del borracho, cayó en una indecisión dolorosa. Él también decía palabras sin sentido, conversaba sin pensar. Pero le molestó la comparación y dio puñetazos a la pared. Era bruto, sí señor; nunca había estudiado, no sabía explicarse. ¿Estaba preso por eso? ¿Cómo era? Entonces ¿se mete a un hombre en la cárcel porque no sabe hablar correctamente? ¿Qué mal hacía su brutalidad? Vivía trabajando como un esclavo. Destapaba el bebedero, arreglaba las cercas, cuidaba los animales —se había aprovechado de una hacienda sin valor. Todo en orden, se veía. ¿Él tenía la culpa de ser bruto? ¿Quién tenía la culpa?

Si no fuera por eso... No sabía. El hilo de la idea crecía, engordaba —y se rompió. Era difícil pensar. Vivía tan aferrado a los animales... Nunca había visto una escuela. Por eso no lograba defenderse, poner las cosas en su lugar. El demonio de aquella historia le entraba y le salía de la cabeza. Era para enloquecer a un cristiano. Si le

hubieran enseñado, encontraría forma de entenderla. Imposible, sólo sabía lidiar con animales.

En fin, con tal que... Don Tomás le informaría. Si le fueran a preguntar a él. Hombre bueno, don Tomás de la volandera, hombre instruido. Cada cual como Dios lo hizo. Él, Fabiano, era apenas aquello mismo, un bruto.

Lo que deseaba... ¡Ah! Se olvidaba. Ahora se acordaba del viaje que había hecho por el sertón muriéndose de hambre. Las piernas de los niños eran finas como palillos, doña Vitória tropezaba debajo del baúl de hojalata. A la vera del río habían comido el papagayo, que no sabía hablar. La necesidad.

Fabiano tampoco sabía hablar. A veces largaba nombres atravesados, por broma. Veía perfectamente que todo era una barbaridad. No podía arreglar lo que tenía en su interior. Si pudiera. ¡Ah! Si pudiera, atacaría a los soldados amarillos que golpeaban a las criaturas inofensivas.

Se golpeó la cabeza, la apretó. ¿Qué hacían los sujetos en cuclillas en torno del fuego? ¿Qué decía aquel borracho que se desgañaba como un loco, desperdiciando aliento? Sintió ganas de gritar, de anunciar muy alto que ellos no servían para nada. Oyó una voz fina. Alguien en la cárcel de mujeres lloraba y renegaba por las pulgas. Mujer de la vida, de puerta abierta, seguramente. Ella tampoco no servía para nada. Fabiano quería gritar a la ciudad entera, afirmar al doctor juez de derecho, al delegado, al señor vicario y a los cobradores de la municipalidad que allí dentro nadie servía para nada. Él, los hombres acucillados, el borracho, la mujer de las pulgas, todo era una lástima, sólo servía para aguantar golpes. Eso es lo que quería decir.

Y estaba también aquel fuego corredor que iba y venía por la mente. Sí, estaba también aquello. ¿Cómo era?

Necesitaba descansar. Le dolía la cabeza, probablemente a causa de uno de los golpes con el cabo del facón. Y le dolía toda la cabeza: le parecía que tenía fuego por dentro, le parecía que tenía los sesos hirviendo en una olla.

Pobre doña Vitória, inquieta y tranquilizando a los niños. Baléia vigilando, cerca del fogón. Si no fuera por ellos...

Ahora Fabiano conseguía arreglar las ideas. Lo que lo aferraba era la familia. Vivía preso como un novillo amarrado al palenque, soportando el hierro caliente. Si no fuera por eso, un soldado amarillo no le pisaba el pie, no. Lo que le ablandaba el cuerpo era el recuerdo de la mujer y de los hijos. Sin aquel yugo pesado no doblaría el espinazo, no: saldría como una onza y haría una estupidez. Cargaría la escopeta y daría un tiro al soldado amarillo. No. El soldado amarillo era un infeliz que ni merecía un bofetón con el revés de la mano. Mataría a sus dueños. Entraría en una banda de bandoleros y haría estrago en los hombres que dirigían al soldado amarillo. No quedaría ni uno para simiente. Era la idea que le hervía en la cabeza. Pero estaba la mujer, estaban los hijos, estaba la perra.

Fabiano gritó, asustando al borracho, a los tipos que aventaban el fuego, al carcelero y a la mujer que se quejaba de las pulgas. Tenía aquel yugo colgado del pescuezo. ¿Debería seguir arrastrándolo? Doña Vitória dormía mal en la cama de tablas. Los niños eran unos brutos, como el padre. Cuando crecieran, cuidarían las reses de un patrón invisible, serían pisados, maltratados, machucados por un soldado amarillo.

DOÑA VITÓRIA

En cuclillas junto a las piedras que servían de fogón, la pollera floreada plegada entre los muslos, doña Vitória soplabla el fuego. Una nube de ceniza voló de los tizones y le cubrió la cara; el humo le inundó los ojos, el rosario de cuentas blancas y azules se desprendió del cuello y golpeó la olla. Doña Vitória se limpió las lágrimas con el revés de las manos, arrugó los párpados, metió el rosario en el seno y siguió soplando con ganas, hinchando mucho las mejillas.

Las llamaradas lamieron las astillas de acacia, languidecieron, volvieron a levantarse y se desparramaron entre las piedras. Doña Vitória enderezó la espalda y agitó el aventador. Una lluvia de chispas sumergió en un baño luminoso a la perra Baléia, que se enroscaba al calor y dormitaba mecida por el olor de la comida.

Sintiendo el desplazamiento del aire y el crepitar de los leños, Baléia se despertó, se retiró prudente, recelosa de chamuscarse el pelo, y se quedó observando maravillada las estrellitas rojas que se apagaban antes de tocar el piso. Aprobó con un movimiento de la cola aquel fenómeno y deseó expresar su admiración a la dueña. Se acercó a ella a saltos cortos, jadeando, se irguió en las piernas traseras, imitando a las personas. Pero doña Vitória no quería saber nada de elogios.

—¡Fuera!

Le dio una patada a la perra, que se alejó humillada y con sentimientos revolucionarios.

Doña Vitória había amanecido de mal humor. Sin venir a cuento, le dijo al marido unas inconveniencias respecto a la cama de tablas. Fabiano, que no esperaba semejante desatino, apenas había gruñido: —“¡Hum! ¡hum!” Y enmudeció, porque realmente la mujer es bicho difícil de entender; se tumbó en la hamaca y se durmió. Doña Vitória iba de aquí para allá, buscando en quien desahogarse. Como encontrara todo en orden, se había quejado de la vida. Y ahora se vengaba en Baléia, dándole un puntapié.

Se acercó a la ventana baja de la cocina, vio a los niños entretenidos en el barrial, sucios de lodo, fabricando bueyes de barro que secaban al sol, debajo del tronco de turco, y no encontró motivo para retarlos. Pensó de nuevo en la cama de tablas y mentalmente maldijo a Fabiano. Dormían en aquello, se habían acostumbrado, pero sería más agradable dormir en una cama de cuero, como otras personas.

Hacía más de un año que hablaba de eso con el marido. Fabiano al principio estaba de acuerdo con ella, había hecho cuentas, todas mal. Tanto para el cuero, tanto para el armazón. Bien. Podrían adquirir el mueble necesario economizando en la ropa y en el querosén. Doña Vitória respondió que eso era imposible, porque andaban mal vestidos, los críos andaban desnudos y se acostaban todos al anochecer. A decir verdad, no se encendían candelas en la casa. Habían discutido intentando disminuir otros gastos. Como no se pusieran de acuerdo, doña Vitória había aludido, bastante ácida, al dinero que el marido gastaba en la feria con el juego y el aguardiente. Resentido, Fabiano había condenado los zapatos de charol que ella usaba en las fiestas, caros e inútiles. Calzada en ellos, tropezando, se movía como un papagayo. Doña Vitória se había ofendido gravemente con la comparación,

y si no hubiera sido por el respeto que Fabiano le inspiraba, habría hecho un despropósito. Efectivamente los zapatos le apretaban los dedos, le sacaban callos. Se equilibraba mal, tropezaba, cojeaba, subida a los tacos de medio palmo. Debía ser ridícula, pero la opinión de Fabiano la había entristecido mucho.

Desaparecidas las nubes y curtido el sinsabor, la cama le surgió de nuevo en el horizonte tímido.

Ahora pensaba en ella de mal humor. La juzgaba inalcanzable y la entremezclaba con las obligaciones de la casa. Fue a la sala, pasó por debajo de la hamaca donde roncaba Fabiano, sacó del armario una pipa y un pedazo de tabaco y salió hacia la galería. El cencerro de la vaca naranja tintineó hacia el lado del río. Fabiano era capaz de haberse olvidado de curar a la vaca naranja. Quiso despertarlo y preguntar, pero se distrajo mirando los *xiquexiques* y los *mandacarús* que abundaban en la llanura.

Un calor sofocante se levantaba de la tierra. Se estremeció recordando la sequía; el rostro moreno palideció y los ojos negros se abrieron desmesuradamente. Se apuró en tratar de alejar el recuerdo, temiendo que se volviera realidad. Rezó bajito un ave maría; ya tranquila, la atención desviada hacia un agujero que había en la cerca del chiquero de las cabras. Desmenuzó el pedazo de tabaco entre las palmas de las manos gruesas, llenó la pipa de barro, fue a arreglar la cerca. Volvió, rodeó la casa atravesando el pequeño cercado de la medianera, entró en la cocina.

—Fabiano es capaz de haberse olvidado de la vaca naranja.

Se agachó, atizó el fuego, agarró una brasa con la cuchara, encendió la pipa, se puso a fumar el canuto de *taquarí* lleno de sarro. Tiró lejos un escupitajo, que pasó por encima de la olla y fue a caer al patio. Se preparó para

escupir de nuevo. Por una extravagante asociación, relacionó ese acto con el recuerdo de la cama. Si el escupitajo llegara al patio, comprarían la cama antes de fin de año. Se llenó la boca de saliva, se inclinó —y no consiguió lo que quería. Hizo varias tentativas, inútilmente. El resultado fue que se le secó la garganta. Se levantó disgustada. Tonterías. Aquello no significaba nada.

Se acercó al rincón donde el cubo se sostenía en una horquilla de tres puntas, bebió un jarro de agua. Agua salobre.

—¡Puaj!

Esto le sugirió dos imágenes casi simultáneas, que se confundieron y se neutralizaron: ollas y bebederos. Apoyó el índice en la frente, indecisa. ¿En qué estaba pensando? Miró el piso concentrada, intentado recordar; vio sus pies chatos, grandes, los dedos separados. De repente las dos ideas volvieron: el bebedero se secaba, la olla no había sido sazónada.

Levantó la tapa y recibió en la cara enrojecida una vaharada de vapor. Estaba dejando que la comida se quemara. Le agregó agua y mezcló con el cucharón negro de coco. Después probó el caldo. Insulso, ni parecía comida de cristiano. Se acercó a la alacena donde se guardaba el azúcar y las lonjas de carne, abrió la mochila de sal, sacó un puñado y lo tiró a la olla.

Ahora pensaba en el bebedero, donde había un líquido oscuro que los animales rechazaban. Sólo tenía miedo de la sequía.

Se miró de nuevo los pies chatos. Efectivamente, no se acostumbraba a usar zapatos, pero la burla de Fabiano la había molestado. Pies de papagayo. Eso mismo: sin duda, los paisanos andan así. ¿Para qué avergonzar a la gente? Le disgustaba la comparación.

Pobre papagayo. Viajaba con ella, en la jaula que se balanceaba encima del baúl de hojalata. Tartamudeaba: "Mi loro". Era lo que sabía decir. Aparte de eso, chillaba imitando a Fabiano y ladraba como Baléia. Pobre. Doña Vitória ni quería acordarse de aquello. Se había olvidado de la vida antigua, era como si hubiera nacido después de llegar a la hacienda. La referencia a los zapatos le había abierto una herida y el viaje había reaparecido. Sus ojotas se le habían gastado en las piedras. Cansada, medio muerta de hambre, había cargado al hijo menor, el baúl y la jaula del papagayo. Fabiano era malvado.

—Mal agradecido.

Se miró los pies de nuevo. Pobre loro. A la orilla del río lo había matado por necesidad, para sustento de la familia. En aquel momento él estaba enojado, había fijado sus pupilas serias en la perrita y caminaba a los tumbos, como los paisanos en día de fiesta. ¿Por qué Fabiano le había despertado aquel recuerdo?

Se acercó a la puerta, miró las hojas amarillas de las *catingueiras*. Suspiró. Dios no había de permitir otra desgracia. Agitó la cabeza y procuró ocupaciones para entretenerse. Tomó el cuenco grande, se dirigió al barrial, llenó de agua el bebedero de las gallinas, enderezó el gallinero. Después fue al jardincito a regar los claveles y las macetas de hierbabuena. Y llevó a los hijos adentro de la casa, que tenían barro hasta en las pupilas. Los retó:

—Sinvergüenzas, puercos, sucios como...

Se detuvo. Iba a decir que estaban sucios como papagayos.

Los pequeños se escaparon, fueron a enroscarse en la estera de la sala, debajo del armario, y doña Vitória volvió junto al fogón, volvió a encender la pipa. La olla chillaba; un viento tibio y polvoriento sacudía las telarañas del techo; Baléia, debajo del armario, se rascaba con los

dientes y espantaba moscas. Se oían claramente los ronquidos de Fabiano, acompasados, y el ritmo de ellos influyó en las ideas de doña Vitória. Fabiano roncaba seguro. Probablemente no había peligro, la sequía debía estar lejos.

Otra vez doña Vitória se puso a soñar con la cama de cuero. Pero el sueño se ligaba con el recuerdo del papagayo, y necesitó un gran esfuerzo para aislar el objeto de su recuerdo.

Todo allí era estable, seguro. El sueño de Fabiano, el fuego que crepitaba, el sonido de los cencerros; hasta el zumbido de las moscas le daban sensación de firmeza y reposo. ¿Tenía que pasarse la vida entera durmiendo en una cama de tablas? Bien en el centro del catre había un nudo, una protuberancia gruesa en la madera. Y ella se encogía en un rincón, el marido en el otro, no podían estirarse en el centro. Al principio no le había importado. Cansada, molida por el trabajo, se habría acostado sobre alfileres. Después, sin embargo, llegó un principio de prosperidad. Comían, engordaban. No poseían nada: si se retiraran, llevarían la ropa, la escopeta, el baúl de hojalata y cosas menudas. Pero iban viviendo, gracias a Dios; el patrón confiaba en ellos, y eran casi felices. Sólo faltaba una cama. Era lo que fastidiaba a doña Vitória. Como ya no se fatigaba en trabajos pesados, pasaba un rato de la noche pensando. Y la costumbre de enclaustrarse al anochecer no era correcta, que ellos no eran gallinas.

En ese punto las ideas de doña Vitória siguieron otro camino, que poco después fue a desembocar en el primero. ¿No era que la zorra se había comido la gallina parduzca? Justo la parduzca, la más gorda. Decidió armar una trampa cerca del gallinero. Se enojó. La zorra pagaría la gallina parduzca.

—Ladrona.

Poco a poco el enojo cambió de objeto. Los ronquidos de Fabiano eran insoportables. No había hombre que roncara tanto. Mejor sería que se levantara y buscara una vara para reemplazar aquel palo maldito que no dejaba que las personas se dieran vuelta. ¿Por qué no habían sacado esa vara incómoda? Suspiró. No lograban tomar una decisión. Paciencia. Era mejor olvidarse del nudo y pensar en una cama igual a la de don Tomás de la volandera. Don Tomás tenía una cama de verdad, hecha por el carpintero, un estrado de *sucupira* alisado con azuela, con las juntas abiertas a formón, todo bien encajado, y un cuero crudo encima, bien estirado y bien clavado. Ahí sí que un cristiano podía estirar los huesos.

¿Y si vendiera las gallinas y la chancha? Por desgracia la zorra excomulgada se había comido la parduzca, la más gorda. Tenía que darle una lección a la zorra. Iba a armar la trampa cerca del gallinero y romperle el espinazo a esa sinvergüenza.

Se levantó, fue al dormitorio a buscar alguna cosa, volvió desanimada y olvidadiza. ¿Dónde tenía la cabeza?

Se sentó en la ventana baja de la cocina, disgustada. Vendería las gallinas y la chancha, dejaría de comprar querosén. Era inútil consultar a Fabiano, que siempre se entusiasmaba y hacía planes. Después se enfriaba, y ella fruncía la frente, convencida de que el marido se contentaba con la idea de tener una cama. Doña Vitória deseaba una cama real, de cuero y *sucupira*, igual a la de don Tomás de la volandera.

EL HIJO MENOR

La idea se le ocurrió una tarde en que Fabiano le puso los arreos a la yegua alazana y comenzó a domarla. No era exactamente una idea; era el deseo vago de realizar cualquier acción notable que espantase al hermano y a la perra Baléia.

En aquel momento Fabiano le producía gran admiración. Vestido de cuero, con perneras, jubón y peto, era la criatura más importante del mundo. Las estrellas de las espuelas tintineaban en el patio; las alas del sombrero, tirado para atrás, sostenido debajo de la barbilla por la correa le agrandaban el rostro quemado, le hacían un círculo enorme alrededor de la cabeza.

El animal estaba ensillado, los estribos amarrados a la grupa, y doña Vitória lo sujetaba agarrándolo por los belfos. El vaquero apretó la cincha y se puso a andar alrededor, fiscalizando los arreglos, lento. Sin apresurarse, se liberó de una coza: dio vuelta el cuerpo y los cascos de la yegua le pasaron al ras del pecho, rozando el jubón. A continuación Fabiano subió a la galería, saltó a la silla, la mujer reculó... y hubo un torbellino en la *catinga*.

Subido a la puerta del corral, el niño menor retorció las manos sudadas, se estiraba para ver la nube de polvo que entoldaba las *imburanas*. Se quedó así una eternidad, lleno de alegría y miedo, hasta que la yegua volvió y comenzó a saltar furiosamente en el patio, como si tuviera al diablo en el cuerpo. De repente la cincha reventó y todo se vino abajo. El pequeño pegó un grito, iba a caerse de la puerta.

Pero se tranquilizó enseguida. Fabiano había caído de pie y se levantaba tambaleándose, con los arreos en el brazo. Los estribos, sueltos por la carrera desesperada, se golpeaban entre sí, y las espuelas tintineaban.

Doña Vitória fumaba tranquila en el banco de la galería, catando piojos en el hijo mayor. No conforme con semejante indiferencia ante la hazaña del padre, el pequeño fue a despertar a Baléia, que descansaba, con la barriga roja descubierta, sin vergüenza. La perra abrió un ojo, apoyó la cabeza en la piedra de afilar, bostezó y se durmió de nuevo.

La juzgó estúpida y egoísta; la dejó, indignado, y fue a tirar de la manga del vestido de la madre, deseando comunicarse con ella. Doña Vitória soltó una exclamación de disgusto y, como el chiquillo insistiera, le dio un coscorrón.

Se retiró enojado, se apoyó en uno de los pilares del porche, considerando a todo el mudo malvado e insensato. Se dirigió hacia el chiquero, donde los animales gruñían, irguiendo los hocicos fruncidos. Aquello era tan divertido que el egoísmo de Baléia y el mal humor de Doña Vitória desaparecieron. La admiración por Fabiano sí que iba aumentando.

Olvidó desacuerdos y groserías y un entusiasmo verdadero le llenó el alma pequeña. A pesar de tener miedo del padre, se acercó a él lentamente, se restregó contra las perneras, le tocó los faldones del jubón. Las perneras, el jubón, el guardapecho, las espuelas y la cinta del sombrero lo maravillaban.

Fabiano se alejó sin prestarle atención, entró a la sala y fue a despojarse de aquella grandeza.

El pequeño se acostó en la estera, se acurrucó y cerró los ojos. Fabiano era terrible. En el suelo, sin los cueros,

se reducía bastante, pero en el lomo de la yegua alazana era terrible.

Se durmió y soñó. Una vendaval cubría de polvo el follaje de las *imburanas*, doña Vitória cataba piojos en el hijo mayor. Baléia descansaba la cabeza en la piedra de afilar.

Al día siguiente esas imágenes se borraron completamente. Los *juazeiros* del fondo del patio estaban oscuros, desentonaban con los otros árboles. ¿Por qué sería?

Se acercó al chiquero de las cabras, vio al viejo macho cabrío haciendo un barullo feo con el hocico levantado y recordó el episodio de la víspera. Se dirigió a los *juazeiros*, curvado, espionando el rastro de la yegua alazana.

A la hora del almuerzo doña Vitória lo reprendió.

—Este demonio anda atontado.

Se levantó, dejó la cocina, fue a contemplar las perneras, el peto y el jubón colgados de un clavo en la sala. De allí marchó hacia el chiquero, y así nació el proyecto.

Se alejó, tratando de entenderse con alguien, pero ignoraba lo que quería decir. La yegua alazana y el macho cabrío se mezclaban, y él y el padre se mezclaban también.

Rodeó el corral, moviéndose como un *urubú*, imitando a Fabiano.

La necesidad de consultar al hermano apareció y desapareció. El otro se reiría, se burlaría de él, avisaría a doña Vitória. Tuvo miedo de la risa y de la burla. Si hablaba de aquello, doña Vitória le tiraría de las orejas.

Evidentemente, él no era Fabiano. Pero, ¿y si fuera? Tenía que mostrar que podía ser Fabiano. Conversando, tal vez consiguiera explicarse.

Se puso a caminar, tambaleándose, hasta que el hermano y Baléia llevaron las cabras al bebedero. La puerta se abrió, un hedor se expandió por los alrededores, los cencerros sonaron, y la camiseta de algodón atravesó

el patio, rodeó las piedras donde se tiraban las cobras muertas, pasó por los *juazeiros*, descendió la ladera y llegó hasta la orilla del río.

Ahora las cabras se empujaban metiendo los hocicos en el agua; los cuernos se entrechocaban. Baléia, atareada, ladraba corriendo.

Subido a la barranca, con el corazón a los saltos, el niño más pequeño esperaba que el macho cabrío llegara al abrevadero. Sin duda aquello era arriesgado, pero le parecía que allí arriba había crecido y podía convertirse en Fabiano.

Se sentó indeciso. El macho cabrío iba a saltar y derrumbarlo.

Se levantó, se alejó, casi libre de la tentación; vio una bandada de periquitos que volaba sobre las *catigueiras*. Deseó poseer uno de ellos, atarlo con una cuerda, darle comida. Desaparecieron todos chillando, y el pequeño se quedó triste, espiando el cielo lleno de nubes blancas. Algunas eran corderitos, pero se desvanecían y se convertían en animales diferentes. Dos grandes se juntaron y una tenía la figura de la yegua alazana, la otra representaba a Fabiano.

Bajó los ojos encandilados, se los restregó. Se acercó de nuevo a la barranca, distinguiendo la masa confusa del rebaño, oyó los golpes de los cuernos. Si el macho cabrío ya hubiera bebido, él se habría decepcionado. Examinó sus piernas delgadas, la camiseta percutida y rota. Veía seres en el cielo, se consideraba protegido, se convencía de que fuerzas misteriosas iban a ampararlo. Flotaría en el aire, como un periquito.

Se puso a balar, imitando a las cabras, llamando al hermano y a la perra. Al no obtener resultado, se indignó. Iba a mostrarle a los dos una proeza, volverían a la casa espantados.

Entonces el macho se aproximó y metió el hocico en el agua. El niño se despeñó de la barranca y se montó en su lomo.

Se sumergió en la pelambre fofa, se resbaló, intentó en vano sostenerse con los talones, fue tirado hacia adelante, volvió, se encontró montado en la grupa del animal, que saltaba demasiado y probablemente se distanciaba del abrevadero. Se inclinó hacia un lado, pero fuertemente sacudido retomó la posición vertical, entró a bailar descoyuntado, con las piernas abiertas y los brazos inútiles. Otra vez impulsado hacia adelante, dio un salto mortal, pasó por arriba de la cabeza del carnero, se agrandó la rotura de la camisa en uno de los cuernos y se estiró en la arena. Se quedó allí derribado, quietito, con los oídos zumbándole, dándose vagamente cuenta de que había salido sin honra de la aventura.

Vio las nubes que se desvanecían en el cielo azul, sintió rabia por ellas. Se interesó por el vuelo de los *urubús*. Debajo de los cueros, Fabiano andaba tambaleándose, pesado, igualito a un *urubú*.

Se sentó, se palpó las articulaciones doloridas. Había sido despedido violentamente, le parecía que sus huesos estaban dislocados.

Miró con rabia al hermano y la perra. Debían haberlo prevenido. No descubrió en ellos ninguna señal de solidaridad: el hermano se reía como un loco; Baléia, seria, desaprobaba todo aquello. Se sintió abandonado y mezquino, expuesto a caídas, coces y golpes.

Se levantó, se arrastró con desánimo hasta la cerca del abrevadero, se apoyó en ella, el rostro volcado hacia el agua barrosa, el corazón lleno de desaliento. Metió los dedos flacos por la rotura, tocó el pecho delgado. El tropel de las cabras se perdió en la ladera y la perrita ladró a lo lejos. ¿Cómo estarían las nubes? Probablemente algunas

se transformaban en corderitos, otras eran como animales desconocidos.

Se acordó de Fabiano e intentó olvidarlo. Seguramente Fabiano y Doña Vitória iban a castigarlo a causa del accidente. Levantó los ojos tímidos. La luna había aparecido, crecía, acompañada por una estrellita casi invisible. A esa hora los periquitos descansaban en la huerta del lecho del río, en los tallos secos de maíz. Si poseyera alguno de aquellos periquitos sería feliz.

Bajó la cabeza, volvió a mirar el pozo oscuro que el ganado había vaciado. Unos riachos pequeños se estancaban en la arena como arterias abiertas de animales. Se acordó de las cabras abatidas a golpes en el pilón, colgadas cabeza abajo en un clavo de la galería, sangrando.

Se retiró. La humillación se atenuó poco a poco y murió. Tenía que entrar a la casa, comer y dormir. Tenía que crecer, llegar a ser tan grande como Fabiano, matar cabras a golpes, llevar facón en la cintura. Iba a crecer, acostarse en una cama de tablas, fumar cigarros de paja y usar zapatos de cuero crudo.

Subió la ladera, llegó a la casa lentamente, torciendo las piernas, tambaleándose. Cuando fuera hombre caminaría así, pesado, patizambo, importante, con las estrellas de las espuelas tintineando. Saltaría en el lomo de un caballo bravo y volaría en la *catinga* como el vendaval, levantando polvo. Al regresar, se apearía de un salto y andaría en el patio así torcido, de perneras, jubón y peto y sombrero de cuero con cinta. El hijo mayor y Baléia se quedarían asombrados.

EL HIJO MAYOR

Aquello sucedió porque Doña Vitória no conversó ni un minuto con el hijo mayor. El nunca había oído hablar del infierno. Extrañado por el lenguaje de doña Terta, le pidió informaciones. Doña Vitória, distraída, aludió vagamente a cierto lugar malvado en demasía y, como el hijo exigiera una descripción, se encogió de hombros.

El niño fue a la sala a interrogar al padre; lo encontró sentado en el piso, con las piernas abiertas, desenrollando una medida de suela.

—Poné el pie acá.

La orden se cumplió y Fabiano tomó la medida de la sandalia: hizo un trazo con la punta del facón atrás del talón, otro adelante del dedo gordo. A continuación dibujó la forma del calzado y aplaudió:

—¡Fuera!

El pequeño se alejó un poco, pero se quedó por allí rondando y tímidamente arriesgó la pregunta. No obtuvo respuesta, volvió a la cocina a colgarse de la pollera de la madre:

—¿Cómo es?

Doña Vitória habló de asadores calientes y hogueras.

—¿Usted lo vio?

Entonces, Doña Vitória se enojó, lo consideró insolente y le dio un coscorrón.

El niño salió indignado con la injusticia, atravesó el patio, se escondió debajo de las *catingueiras* marchitas, a la orilla de la laguna vacía.

La perra Baléia lo acompañó en aquella hora difícil. Descansaba junto al fogón, dormitando al calor, a la espera de un hueso. Probablemente no lo recibiría, pero creía en los huesos, y el torpor que la acunaba era dulce. Se movía de cuando en cuando, ponía en la dueña las pupilas negras donde brillaba la confianza. Admitía la existencia de un hueso grande en la olla, y nadie le sacaba esta certeza, ninguna inquietud perturbaba sus deseos moderados. A veces recibía puntapiés sin motivo. Los puntapiés estaban previstos y no disipaban la imagen del hueso.

Aquel día la voz estridente de doña Vitória y el coscorrón en el niño mayor arrancaron a Baléia de la modorra y le hicieron sospechar que las cosas no andaban bien. Fue a esconderse en un rincón, por detrás del pilón, haciéndose pequeña entre trastos y cestos. Un minuto después levantó el hocico e intentó orientarse. El viento tibio que soplaba de la laguna le fijó la resolución: se escurrió a lo largo de la pared, traspuso la ventana baja de la cocina, atravesó el patio, pasó por el tronco de turco, encontró al compañero, llorando, muy infeliz a la sombra de las *catingueiras*. Intentó amenguarle el sufrimiento saltando en rueda y balanceando la cola. No podía sentir dolor excesivo. Como nunca se impacientaba, siguió saltando, olfateando y llamando la atención del amigo. Finalmente lo convenció de que su procedimiento era inútil.

El pequeño se sentó, acomodó en las piernas la cabeza de la perra, se puso a contarle una historia en voz baja. Tenía un vocabulario casi tan menguado como el del papagayo que muriera en la época de la sequía. Se valía, así, de exclamaciones y de gestos, y Baléia respondía con la cola, con la lengua, con movimientos fáciles de entender.

Todos lo abandonaban, la perrita era el único ser que le mostraba simpatía. La acarició con los dedos flacos y sucios, y el animal se encogió para sentir bien el contacto agradable; experimentó una sensación como la que le daba la ceniza del rescoldo.

Siguió acariciándola, acercó al hocico de ella su cara embarrada, la miró fijo a los ojos tranquilos.

Había estado metido en el barrial con el hermano haciendo animales de barro, ensuciándose. Había dejado el juego e ido a interrogar a Doña Vitória. Un desastre. La culpa la tenía doña Terta, que en la víspera, después de curar con rezos la enfermedad de Fabiano, había dejado escapar la palabra extraña, chillando, apretando el tubo de la pipa con las encías desdentadas. Él había querido que la palabra se convirtiera en cosa, y por eso se sintió decepcionado cuando la madre se refirió a un lugar malvado, con asadores y hogueras. Por eso había rezongado, esperando que ella hiciera que el infierno se transformara.

Todos los lugares conocidos eran buenos: el chiquero de las cabras, el corral, el lodazal, el patio y el abrevadero —mundo donde existían seres reales, la familia del vaquero y los animales de la hacienda. Más allá había un cerro distante y azulado, un monte que la perra visitaba, cazando *preás*, senderos casi imperceptibles en la *catinga*, maleza y matorrales, impenetrables bancos de *macambira*, y allí hervía una población de piedras vivas y plantas que se comportaban como personas. Esos mundos vivían en paz, a veces desaparecían las fronteras, habitantes de los dos lados se entendían perfectamente y se ayudaban. Existían sin duda en todas partes fuerzas maléficas, pero esas fuerzas eran siempre vencidas. Y cuando Fabiano domaba los animales salvajes, evidentemente una entidad protectora lo aseguraba en la silla, le indicaba los caminos

menos peligrosos, lo liberaba de los espinos y de las ramas.

No siempre las relaciones entre las criaturas habían sido amables. Antes los hombres habían huido sin rumbo, cansados y hambrientos. Doña Vitória, con el hijo menor montado en la cadera, equilibraba el baúl de hojalata en la cabeza; Fabiano llevaba en el hombro la escopeta de pederneira; Baléia mostraba las costillas a través del pelo escaso. Él, el niño mayor, había caído al suelo, que le abrazaba los pies. Había oscurecido de repente, los *xiquexiques* y los *mandacarús* habían desaparecido. Apenas sentía los golpes que Fabiano le daba con la funda del facón.

En aquella época el mundo era malo. Pero después se había arreglado; a decir verdad las cosas malas no habían existido. En el aparador de la cocina se amontonaban trozos de carne seca y pedazos de tocino. La sed no atormentaba a las personas, y a la tarde, abierta la puerta, el ganado pequeño corría hacia el abrevadero. Huesos y guijarros se transformaban a veces en entes que poblaban los matorrales, el cerro, la sierra distante y los bancos de *macambira*.

Como no sabía hablar bien, el pequeño balbuceaba expresiones complicadas, repetía las sílabas, imitaba los balidos de los animales, el ruido del viento y el sonido del ramaje que crujía en la *catinga*. Ahora se le había ocurrido la idea de aprender una palabra, seguramente importante porque figuraba en la conversación de doña Terta. Iba a adornarla y transmitírsela al hermano y a la perra. Baléia permanecería indiferente, pero el hermano se admiraría, envidioso.

—Infierno, infierno.

No podía creer que un nombre tan bonito sirviera para designar algo malo. Y había resuelto discutir con doña Vitória. Si ella hubiese dicho que había ido al infierno,

bien. Doña Vitória se imponía, autoridad visible y poderosa. Si hubiera hecho mención a cualquier autoridad invisible y más poderosa, muy bien. Pero había intentado convencerlo dándole un coscorrón, y esto le parecía absurdo. Los golpes le parecían naturales cuando las personas grandes se enojaban, hasta pensaba que el enojo de ellos era la única causa de los coscorriones y los tirones de orejas. Esta convicción lo hacía desconfiado, lo hacía observar a los padres antes de dirigirse a ellos. Se había animado a interrogar a doña Vitória porque ella estaba de buen ánimo. Le explicó esto a la perra con abundancia de gritos y gestos.

Baléia detestaba las expansiones violentas: estiró las piernas, cerró los ojos y bostezó. Para ella los puntapiés eran hechos desagradables y necesarios. Sólo tenía un medio de evitarlos: la fuga. Pero a veces la tomaban por sorpresa, una extremidad de sandalia le pegaba en el trasero —salía ladrando, iba a esconderse en la espesura, con ganas de morder tobillos.

El pequeño la besó en el hocico húmedo, la meció. El alma del niño se puso a dar vueltas alrededor de la sierra azulada y de los bancos de *macambira*. Fabiano decía que en la sierra había madrigueras de *sucuaranas*. Y en los bancos de *macambira*, festoneados de espinas, surgían cabezas chatas de yarárás.

Se restregó las manos flacas, se escarbó las uñas sucias. Pensó en las figuritas abandonadas junto al lodazal, pero esto le trajo el recuerdo de la palabra infeliz. Intentó apartar del espíritu aquella curiosidad funesta, imaginó que no había hecho la pregunta, y no había recibido por lo tanto el coscorrón.

Se levantó. Veía la ventana de la cocina, el peinado de doña Vitória, y esto le traía malos pensamientos. Fue a sentarse debajo de otro árbol, avistó el cerro cubierto de

nubes. Al oscurecer el cerro se mezclaba con el cielo y las estrellas andaban sobre ella. ¿Cómo era posible que hubiera estrellas en la tierra?

La perrita llegó a los saltos, lo olfateó, le lamió las manos y se acomodó.

¿Cómo era posible que hubiera estrellas en la tierra?

Se entristeció. Tal vez doña Vitória le dijera la verdad. El infierno debía estar lleno de yararás y *sucuaranas*, y las personas que vivían allí recibían coscorriones, tirones de oreja, y golpes con la funda del facón.

A pesar de haberse mudado de lugar, no podía librarse de la presencia de doña Vitória. Repitió que no había sucedido nada e intentó pensar en las estrellas que se encendían en el cerro. Inútilmente. A aquella hora las estrellas estaban apagadas.

Se sintió débil y desamparado, se miró los brazos flacos, los dedos delgados, se puso a hacer en el suelo dibujos misteriosos. ¿Por qué doña Vitória le habría dicho aquello?

Abrazó a la perra con una violencia que disgustó a ésta. No le gustaba que la apretaran, prefería saltar y revolcarse. Olfateando la olla fruncía el hocico y reprobaba las maneras extrañas del amigo. Un hueso grande subía y descendía en el caldo. Esta imagen consoladora no la abandonaba.

El pequeño continuaba abrazándola. Y Baléia se encogía para no lastimarlo, sufría la caricia excesiva. El olor de él era bueno, pero estaba mezclado con emanaciones que venían de la cocina. Allí había un hueso. Un hueso gordo, lleno de tuétano y con algo de carne.

INVIERNO

La familia estaba reunida en torno del fuego. Fabiano sentado en el pilón caído, doña Vitória con las piernas cruzadas, los muslos sirviendo de almohadones para los niños. La perra Baléia con el trasero en el suelo y el resto del cuerpo levantado, miraba las brasas que se cubrían de ceniza.

Hacía un frío terrible, la lluvia goteaba allá fuera, el viento sacudía las ramas de las *catigueiras*, y el ruido del río era como un trueno distante.

Fabiano se restregó las manos satisfecho y empujó los tizones con la punta de la sandalia. Las brasas crepitaron, la ceniza cayó, un círculo de luz se desparramó alrededor del fogón de piedras, iluminando vagamente los pies del vaquero, las rodillas de la mujer y los niños acostados. De cuando en cuando éstos se movían, porque la lumbre era débil y apenas calentaba zonas de sus cuerpos. Otras zonas se enfriaban al recibir el aire que entraba por las grietas de las paredes y las rendijas de la ventana. Por eso no podían dormirse. Cuando se estaban durmiendo, sentían escalofríos, necesitaban darse vuelta, se acercaban al fogón y oían la conversación de los padres. No era precisamente conversación, eran frases sueltas, espaciadas, con repeticiones e incongruencias. A veces una interjección gutural daba energía al discurso ambiguo. En realidad, ninguno de ellos prestaba atención a las palabras del otro: iban exhibiendo las imágenes que les venían al espíritu, y las

imágenes se sucedían, se deformaban, no había medio de dominarlas. Como los recursos de expresión eran menguados, intentaban remediar la deficiencia hablando alto.

Fabiano volvió a refregarse las manos y comenzó una historia bastante confusa, pero como sólo estaban iluminadas sus ojotas, el gesto pasó desapercibido. El niño mayor agudizó los oídos, atento. Si pudiera ver el rostro del padre comprendería tal vez una parte de la narración, pero así en la oscuridad la dificultad era grande. Se levantó, fue hacia un rincón de la cocina, trajo de allí una brazada de leña. Doña Vitória aprobó este acto con un rugido, pero Fabiano condenó la interrupción, le pareció que el procedimiento del hijo revelaba falta de respeto y estiró el brazo para castigarlo. El pequeño se escabulló, fue a enredarse en la pollera de la madre, que se puso francamente del lado de él.

—Hum, Hum, ¡qué braveza!

Así era aquel hombre, perdía fácilmente los estribos.

—Ya se enojó.

Removió las brasas con el cabo de la cuchara de coco, arregló entre las piedras astillas de ángico mojado, intentó encenderlas. Fabiano la ayudó, suspendió el parloteo, se puso en cuatro pies y sopló los carbones inflando mucho las mejillas. Una humareda invadió la cocina, las personas tosieron, se enjugaron los ojos. Doña Vitória movió el abanico, y pasado un minuto las llamaradas crepitaban entre las piedras.

El círculo de luz aumentó, ahora las figuras surgían en la sombra, rojas. Fabiano, visible de la barriga para abajo, se iba volviendo indistinguible de allí para arriba, era una negrura que vagas claridades atravesaban. De esa negrura salió nuevamente el parloteo masticado.

Fabiano estaba de buen humor. Días antes la inundación había cubierto las marcas puestas al final de la tierra de aluvión, alcanzando las *catingueiras*, que debían estar sumergidas. Sin duda sólo aparecían las hojas, la espuma subía, lamiendo barrancas que se desmoronaban.

Dentro de poco el despotismo del agua iba a acabar, pero Fabiano no pensaba en el futuro. Por el momento la inundación crecía, mataba animales, ocupaba grutas y vegas. Todo muy bien. Y Fabiano se restregaba las manos. No había peligro de sequía inmediata, que había aterrorizado a la familia durante meses. La *catinga* se había puesto amarilla, se había enrojecido, el ganado había comenzado a adelgazar y horribles visiones de pesadilla habían agitado el sueño de las personas. De repente un trazo ligero había rasgado el cielo hacia la cabecera del río, otros habían surgido más claros, el trueno retumbó cercano, en la oscuridad de la medianoche rodaron nubes color de sangre. El ventarrón arrancó *sucupiras* e *imburanas*, hubo demasiados relámpagos —y doña Vitória se había escondido en el cuarto con los hijos, tapándose las orejas, envueltos con las mantas. Pero aquella brutalidad había terminado de golpe, la lluvia había caído, la cabeza de la inundación había aparecido arrastrando troncos y animales muertos. El agua había subido, alcanzando la ladera, quería llegar a los *juazeiros* del fondo del patio. Doña Vitória tenía miedo. ¿Sería posible que el agua llegara a los *juazeiros*? Si eso sucediera, la casa sería invadida, sus moradores tendrían que subir al cerro y vivir unos días en el cerro, como *preás*.

Suspiraba atizando el fuego con el cabo de la cuchara de coco. Dios no permitiría que sucediera tamaña desgracia.

—¡Ah!

La casa era fuerte

—¡Ah!

Los puntales de *aroeira* estaban bien asentados en el suelo duro. Si el río llegara allí, derrumbaría apenas los terrones que formaban el relleno de las paredes de la tapia. Dios protegería a su familia.

—¡Ah!

Las vigas estaban bien amaradas con lianas en los tirantes de *aroeira*. El almacén de la casa resistiría la furia de las aguas. Y cuando bajaran, la familia regresaría. Sí; vivirían todos en el matorral, como *preás*. Pero volverían cuando las aguas bajaran y sacarían del barrial tierra para vestir el esqueleto de la casa.

—¡Ah!

Doña Vitória movió el abanico con fuerza para no oír el ruido del río, que se aproximaba. ¿Tendría intenciones de avanzar? El abanico zumbaba, y el rumor de la inundación era un soplo, un soplo que se desvanecía más allá de los *juazeiros*.

Fabiano contaba hazañas. Había comenzado moderadamente, pero se fue excitando poco a poco y ahora veía los acontecimientos con exageración y optimismo, estaba convencido de que había realizado hechos notables. Necesitaba esta convicción. Algún tiempo antes había sucedido aquella desgracia: el soldado amarillo lo había provocado en la feria, le había dado una zorra de facón y lo había metido en la cárcel. Fabiano había pasado semanas apesadumbrado, fantaseando venganzas, viendo a las criaturas enflaquecer en la *catanga* abrasada. Si llegara la sequía, él abandonaría a la mujer y a los hijos y cosería a puñaladas al soldado amarillo, después mataría al juez, al promotor y al delegado. Estuvo unos días así marchito, pensando en la sequía y royendo su humillación. Pero se escuchó la tormenta, vino la lluvia y ahora el

tejado goteaba y el viento entraba por los agujeros de las paredes.

Fabiano estaba contento y se refregaba las manos. Como hacía mucho frío, se acercó a las llamaradas. Relataba un barullo terrible, olvidaba los golpes y la prisión, se sentía capaz de actos importantes.

El río subía la ladera, estaba cerca de los *juazeiros*. No había señales de que los hubiera alcanzado y Fabiano, seguro, basado en informaciones de los más viejos, narraba una pelea en la que había salido vencedor. La pelea era pura fantasía, pero Fabiano creía que había ocurrido.

Las vacas venían a cobijarse junto a la pared de la casa, pegada al corral, la lluvia las fustigaba, los cencerros sonaban. Engordarían con el pasto nuevo, darían crías. El pasto crecería en el campo, los árboles se embellecerían, el ganado se multiplicaría. Engordarían todos: él —Fabiano—, la mujer, los dos chicos y la perra Baléia. Tal vez doña Vitória adquiriera una cama de lastro de cuero. Realmente el catre de varas donde se acostaban era incómodo.

Fabiano gesticulaba. Doña Vitória agitaba el abanico para sostener las llamaradas en el ángico mojado. Los niños, sintiendo frío en un costado y calor en el otro, no podían dormir y escuchaban las mentiras del padre. Comenzaron a discutir en voz baja un pasaje del relato. No consiguieron entenderse y discutieron con acritud, a punto de pegarse. Fabiano se enojó con esta impertinencia y quiso castigarlos. Después se moderó, volvió a relatar el trecho incomprensible usando palabras diferentes.

El hijo menor batió palmas, miró las manos de Fabiano que se agitaban por encima de las llamaradas, oscuras y rojas. El dorso quedaba en la sombra, pero las palmas estaban iluminadas y del color de la sangre. Era como si

Fabiano hubiera desollado un animal. La barba rubia y enmarañada estaba invisible, los ojos azulados e inmóviles se fijaban en las brasas, el habla dura y ronca se entrecortaba de silencios. Sentado en el pilón, Fabiano se inclinaba hacia adelante, feo y bruto, con aquel gesto de animal lento que no se sostiene en dos pies.

El hijo mayor estaba disgustado. No pudiendo distinguir los rasgos del padre, cerraba los ojos para escucharlo bien. Pero le había surgido una duda. Fabiano había modificado la historia —y esto le quitaba verosimilitud. Un desencanto. Se estiró y bostezó. Habría sido mejor la repetición de las palabras. Pelearía con el hermano intentando interpretarlas. Discutiría con él a causa de las palabras —y su convicción tomaría cuerpo. Fabiano debía haberlas repetido. Pero no. Apareció una variante, el héroe se había vuelto humano y contradictorio. El niño mayor recordó un viejo juguete, regalo de don Tomás de la volandera. Cerró los ojos, los volvió a abrir, somnoliento. El aire que entraba por las grietas de las paredes le enfriaba una pierna, un brazo, todo el lado derecho. Se dio vuelta, los pedazos de Fabiano desaparecieron. El juguete se había roto, el pequeño se había entristecido al ver las piezas inútiles. Se acordó de los corrales hechos con palitos pequeños, sobre las *catigueiras*. Ahora la laguna estaba llena, había cubierto los corrales que él había construido. El barrial también se había inundado, llegaba a la pared de la cocina, sus aguas se habían unido con las de la laguna. Para ir al jardín donde había claveles y macetas de hierba buena, doña Vitória salía por la puerta del frente, descendía la galería y atravesaba el portón de *baraúna*. Atrás de la casa, las cercas, el tronco de turco y las *catigueiras* estaban adentro del agua. El tejado goteaba, los cencerros tintineaban, los sapos cantaban. El sonido de los cencerros era familiar, pero la canción de los sapos y el

rumor de las goteras causaban extrañeza. Todo estaba cambiado. Llovía el día entero, la noche entera. Los matorrales donde vivían seres misteriosos habían sido violados. Allí había sapos. Y la canción de ellos subía y descendía, una tonada lamentosa llenaba los alrededores. Intentó contar las voces, pero se confundió. Eran muchas, sin duda había una infinidad de sapos en los matorrales. ¿Qué estarían haciendo? ¿Por qué gritaban aquella cantinela gorgoteante y triste? Nunca había visto uno de ellos, los confundía con los habitantes invisibles de la sierra y de los bancos de *macambira*. Se acurrucó, se acomodó, se adormeció, un costado calentado por el fuego, el otro protegido por las nalgas de doña Vitória.

El abanico se agitaba, la madera húmeda chillaba, el bulto de Fabiano se iluminaba y se oscurecía.

Baléia, inmóvil, paciente, miraba las brasas y esperaba que la familia se recogiese. La fastidiaba el barullo que hacía Fabiano. En el campo, detrás de una res, se desgañaba demasiado. Lógico. Pero allí, estaba cansándose gratuitamente. Baléia se enojaba, cabeceaba y no podía dormir. Doña Vitória debía sacar las brasas y la ceniza, barrer el piso, acostarse en la cama de tablas con Fabiano. Los niños se acomodarían en la estera, por debajo del armario, en la sala. Sería bueno que la dejaran en paz. Todo el día espiaba los movimientos de las personas, intentando adivinar cosas incomprensibles. Ahora necesitaba dormir, librarse de las pulgas y de aquella vigilancia a la que la habían habituado. Barrido el piso con la escoba, se escurriría entre las piedras, se enroscaría, se dormiría al calor, sintiendo el olor de las cabras mojadas y oyendo rumores desconocidos, el tic-tac de las goteras, la cantinela de los sapos, el soplo del río inundado. Animales pequeños y sin dueño irían a visitarla.

FIESTA

Fabiano, doña Vitória y los niños iban a la fiesta de Navidad en la ciudad. Eran las tres, hacía mucho calor, remolinos desparramaban por encima de los árboles nubes amarillas de polvo y hojas secas.

Habían cerrado la casa, atravesado el patio, descendido la ladera, y pezuñaban los guijarros como bueyes a los que le duelen los cascos. Fabiano, apretado en la ropa de brin blanco hecha por doña Terta, con sombrero de bayeta, cuello postizo, corbata, botinas de vaqueta y elástico, intentaba erguir la espalda, lo que ordinariamente no hacía. Doña Vitória, enfundada en el vestido rojo de flores, se equilibraba mal en los zapatos de enorme tacón. Se obstinaba en calzarse como las mujeres de la ciudad —y daba tumbos por el camino. Los niños estrenaban pantalón y chaqueta. En casa siempre usaban camisetas de rayas o andaban desnudos. Pero Fabiano había comprado diez varas de paño blanco en la tienda y había encargado a doña Terta coser trajes para él y los niños. A doña Terta le pareció insuficiente la tela y Fabiano se hizo el desentendido, seguro de que la vieja pretendía hurtarle los retazos. En consecuencia las ropas habían salido cortas, estrechas y llenas de remiendos.

Fabiano intentaba no percibir esas desventajas. Marchaba derecho, la barriga hacia fuera, la espalda erguida, mirando el cerro distante. De ordinario miraba el suelo, evitando las piedras, los tocones, los agujeros y las cobras. La posición forzada lo cansó. Y al pisar la arena

del río se dio cuenta de que así no podría vencer las tres leguas que lo separaban de la ciudad. Se descalzó, metió las medias en el bolsillo, se sacó el saco, la corbata y el collar postizo, y gruñó aliviado. Doña Vitória decidió imitarlo, se arrancó los zapatos y las medias, que amarró en el pañuelo. Los niños pusieron sus chinelitas debajo del brazo y se sintieron a gusto.

La perra Baléia, que venía detrás, se incorporó al grupo. Si hubiera llegado antes, probablemente Fabiano la habría ahuyentado. Y Baléia pasaría la fiesta junto a las cabras que ensuciaban la galería. Pero con la corbata y el cuello postizo aplastados en el bolsillo, la chaqueta al hombro y las botinas enhebradas en un palo, el vaquero se encontró cerca de ella y la acogió.

Retomó la posición natural: anduvo encorvado, la cabeza inclinada. Doña Vitória, los dos niños y Baléia lo acompañaron. La tarde se consumió fácilmente y al caer de la noche estaban a la orilla del riacho, a la entrada de la calle.

Ahí Fabiano paró, se sentó, se lavó los pies duros, intentando retirar de las grietas hondas el barro que tenían. Sin secarse, intentó calzarse, y fue una dificultad: los talones de las medias de algodón hacían pelotas en el empeine de los pies y las botinas de vaqueta se resistían como vírgenes. Doña Vitória levantó la pollera, se sentó en el suelo y también se limpió. Los dos niños entraron en el riacho, se fregaron los pies, salieron, se calzaron las chinelitas y se quedaron espionando los movimientos de los padres. Doña Vitória se aprontaba y se erguía, pero Fabiano resoplaba malhumorado. Había vencido la obstinación de una de aquellas malditas botinas, pero la otra se había emperrado y él, con los dedos en los tacos, hacía esfuerzos inútiles. Doña Vitória daba consejos que irritaban al marido. No había forma de introducir el endia-

blado talón en el taco. En uno de los tirones más fuertes, uno de los tacos se reventó y el vaquero metió los dedos por el elástico, enérgicamente. No consiguiendo nada, se levantó, resuelto a entrar en la calle así nomás, cojeando, una pierna más larga que la otra. Con rabia excesiva, a la que se mezclaba alguna esperanza, dio una patada violenta en el suelo. La carne se comprimió, los huesos crujieron, la media mojada se rasgó y el pie aplastado se encajó entre las paredes de vaqueta. Fabiano dejó escapar un suspiro largo de satisfacción y de dolor. Inmediatamente, intentó prender el cuello duro, pero los dedos trémulos no consiguieron realizar la tarea. Doña Vitória lo ayudó: el botón entró en el ojal estrecho y la corbata se ató. Las manos sucias, sudadas, dejaron en el cuello manchas oscuras.

—Listo, gruñó Fabiano.

Atravesaron la pasarela y entraron al pueblo. Doña Vitória caminaba a los tumbos, a causa del taco de los zapatos, y llevaba el paraguas colgado, con la empuñadura hacia abajo y la contera hacia arriba, enrollada en el pañuelo. Imposible decir por qué doña Vitória llevaba el paraguas con la contera hacia arriba y el puño hacia abajo. Ella misma no sabría explicarlo, pero siempre había visto a las otras paisanas proceder así y había adoptado la costumbre.

Fabiano marchaba tieso.

Los dos niños miraban los faroles y adivinaban casos extraordinarios. No sentían curiosidad, sentían miedo, y por eso pisaban despacio, con recelo de llamar la atención de las personas. Suponían que existían mundos distintos de la hacienda, mundos maravillosos en la sierra azulada. Aquello, sin embargo, era muy extraño. ¿Cómo podía haber tantas casas y tanta gente? Seguramente los hombres iban a pelear. ¿Sería la gente allí feroz y no consentiría que ellos anduvieran entre las barracas? Estaban acostum-

brados a aguantar coscorriones y tirones de orejas. Tal vez las criaturas desconocidas no se comportaran como doña Vitória, pero los pequeños se retraían, pegándose a las paredes, medio encandilados, los oídos llenos de rumores extraños.

Llegaron a la iglesia; entraron. Baléia se quedó paseando en la vereda, mirando la calle, inquieta. En su opinión, todo debía estar oscuro, porque era de noche, y la gente que estaba en la calle necesitaba acostarse. Levantó el hocico, sintió un olor que le dio deseos de toser. Gritaban demasiado allí cerca y había luces en abundancia, pero lo que la incomodaba era aquel olor a humo.

Los niños también estaban espantados. En el mundo, súbitamente ensanchado, veían a Fabiano y a doña Vitória muy reducidos, menores que las figuras de los altares. No conocían altares, pero presumían que aquellos objetos debían ser preciosos. Las luces y los cantos los extasiaban. Como luz había en la hacienda el fuego entre las piedras de la cocina, el candelero de querosén colgado de su asa en una vara que salía de la pared; de canto, el bendito de doña Vitória y el *aboio* de Fabiano. El *aboio* era triste, una cantinela monótona y sin palabras que adormecía al ganado.

Fabiano estaba silencioso, mirando las imágenes y las velas encendidas, oprimido por la ropa nueva, el cuello estirado, los pies como sobre brasas. La multitud lo apretaba más que la ropa, le molestaba. De perneras, jubón y chaleco, andaba metido en un caja, como un tatú, pero saltaba al lomo de un animal y volaba en la *catinga*. Ahora no podía darse vuelta: las manos y los brazos le rozaban el cuerpo. Se acordó de la paliza recibida y de la noche pasada en la cárcel. La sensación que experimentaba no difería mucho de la que había sentido al ser apresado. Era como si las manos y los brazos de la multitud fuesen a

agarrarlo, subyugarlo, exprimirlo en un rincón de la pared. Miró las caras a su alrededor. Evidentemente las criaturas que se juntaban allí no lo veían, pero Fabiano se sentía rodeado de enemigos, temía envolverse en cuestiones y acabar mal la noche. Resoplaba y se esforzaba inútilmente por abanicarse con el sombrero. Era difícil moverse, estaba atado. Lentamente consiguió abrirse camino en la muchedumbre y se escurrió hasta la pila de agua bendita, donde se detuvo, receloso de perder de vista a la mujer y a los hijos. Se irguió en puntas de pie, pero esto le arrancó un gruñido: los talones despellejados comenzaban a dolerle. Distinguió el rodete de doña Vitória, que se escondía detrás de una columna. Probablemente los niños estaban con ella. La iglesia se llenaba cada vez más. Para ver la cabeza de la mujer, Fabiano necesitaba estirarse, dar vuelta el rostro. Y el cuello le agujereaba el pescuezo. Las botinas y el collar eran indispensables. No podría asistir a la novena calzado en ojotas, con la camisa de algodón abierta, mostrando el pecho peludo. Sería una falta de respeto. Como tenía religión, entraba en la iglesia una vez por año. Y siempre había visto, desde que tuvo uso de la razón, ropas de fiesta de ese tipo: pantalón y chaqueta almidonados, botinas de elástico, sombrero de bayeta, cuello y corbata. No se arriesgaría a romper con la tradición, aunque sufriera con ella. Creía cumplir con un deber, intentaba comportarse. Pero la disposición se desvanecía: la espalda se encorvaba, naturalmente, los brazos se balanceaban desarticulados.

Comparándose con los hombres de la ciudad, Fabiano se reconocía inferior. Por eso temía que los otros se burlaran de él. Se volvía malhumorado y evitaba conversaciones. Sólo le hablaban con el fin de sacarle algo. Los negociantes le robaban en el peso, en el precio, y en la cuenta. El patrón hacía con tinta y lapicera cálculos

incomprensibles. La última vez que se habían encontrado había habido una confusión de números, y Fabiano, con el cerebro ardiendo, había dejado indignado el escritorio del blanco, seguro de que había sido engañado. Todos lo perjudicaban. Los cajeros, los comerciantes y el propietario le chupaban la sangre, y los que no tenían tratos con él se reían viéndolo pasar por las calles tropezando. Por eso Fabiano se apartaba de aquellos seres. Sabía que la ropa nueva cortada y cosida por doña Terta, el cuello, la corbata, las botinas y el sombrero de bayeta lo hacían ridículo, pero no quería pensar en eso.

—Vagos, ladrones, charlatanes, miserables.

Estaba convencido de que todos los habitantes de la ciudad eran malvados. Se mordió los labios. No podría decir semejante cosa. Por falta menor había aguantado facón y dormido en la cárcel. Ahora, el soldado amarillo... Sacudió la cabeza, se libró del recuerdo desagradable y buscó una cara amiga en la multitud. Si encontrara un conocido, lo llamaría hacia la vereda, lo abrazaría, sonreiría, batiría las palmas. Después hablarían sobre el ganado. Se estremeció, intentó ver el rodete de doña Vitória. Tenía que tener cuidado para no alejarse de la mujer y los hijos. Se acercó a ellos, los alcanzó en el momento en que la iglesia comenzaba a vaciarse.

Salieron a los empujones, descendieron los escalones. Empujado, golpeado, Fabiano volvió a pensar en el soldado amarillo. En la cuadra, al pasar por el *jatobá*, volvió el rostro. Sin ningún motivo, el desgraciado había ido a provocarlo, a pisarle el pie. Él se había desviado, con buenos modales. Como el otro insistiera, había perdido la paciencia, tuvo un impulso. Consecuencia: facón en el lomo y una noche de cárcel.

Invitó a la mujer y los hijos a los caballitos, los acomodó y se distrajo un poco viéndolos dar vueltas. En

seguida los condujo a las barracas de juego. Se rascó, sacó el pañuelo, lo desató, contó el dinero, con la tentación de arriesgarlo a los dados. Si tuviera suerte podría comprar la cama de cuero crudo, el sueño de doña Vitória. Fue a beber aguardiente en un puesto, volvió, se puso a dar vueltas indeciso, pidiendo con los ojos la opinión de la mujer. Doña Vitória hizo un gesto de reprobación y Fabiano se alejó, recordando el juego en la casa de don Inácio, con el soldado amarillo. Le habían robado, sin dudas le habían robado. Se acercó al puesto y bebió más aguardiente. Poco a poco fue perdiendo la vergüenza.

—La fiesta es la fiesta.

Bebió una vez más y se ensoberbeció; miró a las personas desafiándolas. Estaba resuelto a hacer alguna tontería. Si se encontrara con el soldado amarillo le haría pedazos. Anduvo entre las barracas, insolente, dando patadas en el suelo, insensible a las llagas de sus pies. Lo que quería era desgraciarse, darle una muestra a aquel sinvergüenza. No prestaba atención a su mujer y a sus hijos, que lo seguían.

—¡A ver dónde hay un hombre! —gritó.

En medio del barullo que inundaba la plaza nadie notó la provocación. Y Fabiano fue a esconderse por detrás de las barracas, más allá de los puestos de dulces. Estaba dispuesto a romperse la cara con quien fuera, pero había en él un resto de prudencia. Allí podía irritarse, dirigir amenazas e insolencias a enemigos invisibles. Impelido por fuerzas opuestas, se exponía y procedía con cautela. Sabía que aquella explosión era peligrosa y temía que el soldado amarillo surgiera de repente, viniera a plantarle la bota en el pie. El soldado amarillo, carente de sustancia, adquiriría soberbia en compañía de sus compañeros. Era mejor evitarlo. Pero el recuerdo de él se volvía a veces

horrible. Y Fabiano estaba vengándose. Estimulado por el aguardiente, se envalentonaba:

—¿Dónde hay un valiente? ¿Quién tiene coraje de decir que soy feo? A ver dónde hay un hombre.

Lanzaba el desafío en un lenguaje atropellado, con un vago recelo de ser oído. Nadie apareció. Y Fabiano gruñó alto, gritó que eran todos unos flojos, unos capados, sí señor. Después de muchos gritos, supuso que había allí cerca hombres escondidos con miedo de él. Los insultó:

—Pandilla de...

Se detuvo angustiado, sudando frío, la boca llena de saliva, sin dar con la palabra. ¿Pandilla de qué? Tenía la palabra en la punta de la lengua. Y la lengua se le hinchaba, la muy perra, Fabiano escupía, fijaba en la mujer y en los hijos unos ojos vidriosos. Reculó algunos pasos, tuvo náuseas. A continuación se acercó de nuevo a las luces, cojeando, fue a sentarse en la vereda de una tienda. Estaba desanimado, vacilante; el entusiasmo había disminuido. ¿Pandilla de qué? Repetía la pregunta sin saber lo que buscaba. Miró de cerca la cara de la mujer, no pudo distinguirle los rasgos. ¿Se daría cuenta doña Vitória de su perturbación? Había allí otros paisanos conversando, y Fabiano se irritó. Si no estuviera tan angustiado, lleno de gases y sudando, pelearía con ellos. La interrogación que le atormentaba la mente confusa se unió a la idea de que aquellas personas no tenían derecho a sentarse en la vereda. Quería que lo dejaran con la mujer, los hijos y la perrita. ¿Pandilla de qué? Soltó un grito áspero, batió palmas:

—Pandilla de perros.

Descubierta la expresión insistente, se alegró. Pandilla de perros. Buscó con las manos a la mujer y a los hijos, se aseguró de que estaban acomodados. Una contracción violenta en el cuello le torció el rostro, la boca se llenó

nuevamente de saliva. Se puso a escupir. Se serenó, respiró con fuerza, pasó los dedos por un hilo de baba que le pendía de los labios. Estaba atontado, con un zumbido infeliz en los oídos. Juraría que había mostrado valor y corrido peligro. Al mismo tiempo, pensaba que había cometido una falta. Ahora estaba pesado y con sueño. Mientras estaba haciendo barullo, la cabeza llena de aguardiente, no notaba las llagas de los pies. Pero se enfriaba, y la botinas de vaqueta lo magullaban demasiado. Se las arrancó, se sacó las medias, se liberó del cuello, de la corbata y de la chaqueta. Enrolló todo, hizo una almohada, se estiró en el cemento, se tapó los ojos con el sombrero de bayeta. Y se adormeció, con el estómago revuelto.

Doña Vitória estaba en dificultades: la apremiaba satisfacer una necesidad y no sabía cómo desembarazarse. Podía esconderse al final de la cuadra, detrás de las barracas, más allá de los puestos de las vendedoras de dulces. Se levantó decidida, volvió a agacharse. ¿Abandonar a los niños, con el marido en aquel estado? Se irguió y miró a los cuatro costados con desesperación, porque la necesidad era grande. Se escabulló disimuladamente, llegó a la esquina de la tienda, donde había un grupo de mujeres agachadas. Y, mirando los frentes de las casas y los faroles de papel, mojó el suelo y los pies de las otras paisanas. Se arrastró hacia donde estaba la familia, sacó del bolso la pipa de barro, la llenó, la encendió, soltó unas bocanadas largas de satisfacción. Libre de la necesidad, miró con interés el hormiguero que circulaba por la plaza, la mesa de la subasta, las rayas luminosas de los cohetes. Realmente, la vida no era mala. Pensó con escalofrío en la sequía, en el viaje terrible que había hecho por caminos abrasados, viendo huesos y ramas secas. Ahuyentó el mal recuerdo y prestó atención a toda aquella

belleza. El rumor de la multitud era dulce, el organillo gangoso de los caballitos no descansaba. Para que la vida fuera buena, sólo le faltaba a doña Vitória una cama igual a la de don Tomás de la volandera. Suspiró, pensando en la cama de tablas en que dormía. Se quedó allí agachada, fumando, con los ojos y los oídos muy abiertos para no perderse la fiesta.

Los niños cambiaban impresiones murmurando, afligidos con la desaparición de la perra. Tiraron de la manga de la madre. ¿Qué le habría ocurrido a Baléia? Doña Vitória levantó el brazo en un gesto blando y señaló vagamente dos puntos cardinales con la pipa. Los pequeños insistieron. ¿Dónde estaría la perrita? Indiferentes a la iglesia, los faroles de papel, los bazares, las mesas de juego y los cohetes, sólo prestaban atención a las piernas de los transeúntes. Pobrecita, andaba por ahí perdida aguantando puntapiés.

De repente Baléia apareció. Se trepó a la vereda, se sumergió entre las polleras de las mujeres, pasó por encima de Fabiano y llegó hasta sus amigos, manifestando con la lengua y con la cola una viva alegría. El niño mayor la agarró. Estaba segura. Intentaron explicarle que se habían asustado mucho por ella, pero Baléia no dio importancia a la explicación. Pensaba que perdían tiempo en un lugar extraño, lleno de olores desconocidos. Quiso ladrar, expresar oposición a todo aquello, pero se dio cuenta de que no convencería a nadie y se encogió, bajó la cabeza y se resignó al capricho de sus dueños.

La opinión de los niños se parecía a la de ella. Ahora miraban las tiendas, las carpas, la mesa de la subasta. Y conversaban pasmados. Habían percibido que había muchas personas en el mundo. Se ocupaban en descubrir una enorme cantidad de objetos. Comunicaron uno al otro las sorpresas que los llenaban. Imposible imaginar tantas

maravillas juntas. El niño menor tuvo una duda y se la presentó tímidamente al hermano. ¿Sería que aquello había sido hecho por personas? El niño mayor dudó, espío las tiendas, los puestos iluminados, las muchachas bien vestidas. Se encogió de hombros. Tal vez aquello hubiera sido hecho por gente. Una nueva dificultad le llegó al espíritu y se la sopló al oído al hermano. Probablemente aquellas cosas tenían nombres. El niño más pequeño lo interrogó con los ojos. Sí, seguramente las preciosidades que se exhibían en los altares de la iglesia y en las estanterías de las tiendas tenían nombres. Se pusieron a discutir la cuestión intrincada. ¿Cómo podían los hombres guardar tantas palabras? Era imposible, nadie conservaría suma tan grande de conocimientos. Libres de los nombres, las cosas se volvían distantes, misteriosas. No habían sido hechas por personas. Y los individuos que se metían con ellas cometían una imprudencia. Vistas de lejos, eran bonitas. Admirados y miedosos, hablaban bajito para no desencadenar las fuerzas extrañas que ellas por ventura encerrarán.

Baléia dormitaba; de cuando en cuando balanceaba la cabeza y fruncía el hocico. La ciudad se henchía de sudores que la desconcertaban.

Doña Vitória distinguía, a través de las barracas, la cama de don Tomás de la volandera, una cama de verdad.

Fabiano roncaba boca arriba, el ala del sombrero cubriéndole los ojos, la cabeza sobre las botinas de vaqueta. Soñaba, angustiado, y Baléia percibía en él un olor que lo volvía irreconocible. Fabiano se agitaba, soplando. Muchos soldados amarillos habían aparecido, le pisaban los pies con enormes botas y lo amenazaban con facones terribles.

BALÉIA

La perra Baléia estaba a punto de morir. Había adelgazado, el pelo se le había caído en varios lugares, las costillas le sobresalían sobre un fondo rosáceo, donde las manchas oscuras supuraban y sangraban, cubiertas de moscas. Las llagas de la boca y la hinchazón de los bellos le dificultaban comer y beber.

Por eso Fabiano había pensado que tenía un principio de hidrofobia y le había amarrado al pescuezo un rosario de médula de maíz quemada. Pero Baléia, de mal en peor, se rascaba contra las estacas del corral o se metía en el matorral, impaciente, ahuyentaba las moscas sacudiendo las orejas marchitas, agitando la cola pelada y corta, gruesa en su base, llena de moscas, parecida a una cola de cascabel.

Entonces Fabiano resolvió matarla. Fue a buscar la escopeta de pedernal, la lijó y limpió y se puso a cargarla bien para que la perra no sufriera mucho.

Doña Vitória se encerró en el dormitorio arrastrando a los niños asustados, que adivinaban la desgracia y no se cansaban de repetir la misma pregunta.

—¿Van a meterse con Baléia?

Habían visto el plomero y el cebador, las maneras de Fabiano los angustiaban, les hacían sospechar que Baléia corría peligro.

Era como una persona de la familia: jugaban juntos los tres; a decir verdad no había diferencia entre ellos, se revolcaban en la arena del río y el estiércol blando que iba subiendo y amenazaba con cubrir el corral de las cabras.

Intentaron levantar la falleba que cerraba la puerta pero doña Vitória los llevó a la cama de tablas, los acostó y se esforzó por taparles los oídos: tomó la cabeza del mayor entre los muslos y tapó con sus manos las orejas del segundo. Como los pequeños se resistieran, se enojó y trató de subyugarlos, rezongando con energía.

También ella tenía el corazón oprimido, pero se resignaba: lógicamente la decisión de Fabiano era necesaria y justa. Pobre Baléia.

Escuchó, oyó el rumor del chumbo que se derramaba en el caño del arma, los golpes sordos de la varilla en la boca del mismo. Suspiró. Pobrecita de Baléia.

Los niños comenzaron a gritar y a patear. Y como doña Vitória había relajado los músculos dejó escapar al más corpulento y soltó un insulto:

—Demonio excomulgado.

En la lucha que trabó para asegurar de nuevo al hijo rebelde se enojó en serio. Sinvergüenza. Le dio un coscorrón al cráneo envuelto en el cobertor rojo y en la pollera floreada.

Poco a poco la cólera disminuyó, y doña Vitória, acunando a las criaturas, se enojó con la perra achacada, masculló insultos y malas palabras. Bicho sucio, baboso. La inconveniencia de dejar un animal enfermo suelto en la casa. Pero comprendía que estaba siendo severa en exceso, le parecía difícil que Baléia estuviera enferma y lamentaba que el marido no hubiera esperado un día más para ver si realmente el sacrificio era indispensable.

En ese momento Fabiano andaba por la galería, castañeteando con los dedos. Doña Vitória encogió el cuello e intentó apoyar los hombros en las orejas. Como esto era imposible, levantó los brazos y, sin soltar al hijo, consiguió ocultar un pedazo de su cabeza.

Fabiano recorrió el cobertizo, mirando la *baraúna* y las puertas, azuzando un can invisible contra animales invisibles.

—¡Busca, busca!

Enseguida entró en la sala, atravesó el corredor y llegó a la ventana baja de la cocina. Examinó el patio, vio a Baléia rascándose, restregándose las peladuras en el tronco de turco; se llevó la escopeta al rostro. La perra espió al dueño con desconfianza, se enroscó en el tronco y se fue desviando, hasta quedar del otro lado del árbol, agazapada y arisca, mostrando apenas las pupilas negras. Molesto por esta maniobra, Fabiano saltó la ventana, se escurrió a lo largo de la cerca del corral, se detuvo en el muro de la esquina y se llevó de nuevo el arma al rostro. Como el animal estaba de frente y no ofrecía un buen blanco, se adelantó algunos pasos. Al llegar a las *catigueiras* modificó la puntería y apretó el gatillo. La carga alcanzó los cuartos traseros e inutilizó una pierna de Baléia, que se puso a ladrar desesperadamente.

Al oír el tiro y los ladridos doña Vitória se encomendó a la Virgen María y los niños rodaron por la cama, llorando a los gritos. Fabiano volvió a la casa.

Y Baléia huyó precipitadamente, rodeó el barrial entró en el jardincito de la izquierda, pasó al ras de los claveles y de las macetas de hierbabuena, se metió por un agujero de la cerca y ganó rápido el patio, corriendo en tres patas. Se dirigió a la galería, pero temió encontrarse con Fabiano y se alejó hacia el corral de las cabras. Se demoró allí un segundo, medio desorientada, y salió después sin destino, a los saltos.

Frente al carro de bueyes le falló la pierna trasera. Y, perdiendo mucha sangre, anduvo como una persona, en dos patas, arrastrando con dificultad la parte posterior del cuerpo. Quiso recular y esconderse debajo del carro, pero tuvo miedo de la rueda.

Se dirigió hacia los *juazeiros*. Debajo de la raíz de uno de ellos había una cavidad suave y profunda. Le gustaba revolcarse allí: se cubría de polvo, evitaba las moscas y los mosquitos y, cuando se levantaba, tenía hojas secas y ramitas pegadas a las heridas: era un animal diferente a los otros.

Cayó antes de alcanzar ese hoyo, afligida. Intentó erguirse, enderezó la cabeza y estiró las patas delanteras, pero el resto del cuerpo quedó acostado de lado. En esta posición retorcida le costó moverse, arrastrando las patas, clavando las uñas en el piso, agarrándose a los pequeños guijarros. Al final se desvaneció y se quedó inmóvil junto a las piedras donde los niños arrojaban cobras muertas.

Una sed horrible le quemaba la garganta. Intentó ver sus patas y no las distinguió: una bruma le impedía la visión. Se puso a ladrar y deseó morder a Fabiano. En realidad no ladraba: aullaba bajito, y los aullidos iban disminuyendo, se volvían casi imperceptibles.

Como el sol la encandilara, consiguió adelantarse unas pulgadas y se escondió en un jirón de sombra que flanqueaba la piedra.

Se miró de nuevo, afligida. ¿Qué le estaría sucediendo? La neblina se agrandaba y se aproximaba.

Sintió el buen olor de los *preás* que bajaban del cerro, pero el olor llegaba débil y había en él partículas de otros seres vivos. Parecía que el cerro se hubiera distanciado mucho. Frunció el hocico, aspiró el aire lentamente, con ganas de subir la ladera y perseguir los *preás*, que saltaban y corrían en libertad.

Comenzó a jadear penosamente, fingiendo ladrar. Pasó la lengua por los belfos quemados y no experimentó ningún placer. El olfato cada vez se le embotaba más: seguramente los *preás* habían huido.

Se olvidó de ellos y de nuevo le vino el deseo de morder a Fabiano, que se le apareció frente a sus ojos medio

vidriosos, con un objeto extraño en la mano. No conocía el objeto, pero se puso a temer, convencida de que encerraba sorpresas desagradables. Hizo un esfuerzo para desviarse de aquello y encoger la cola. Cerró los párpados pesados y juzgó que la cola estaba encogida. No podría morder a Fabiano: había nacido cerca de él, en un dormitorio, bajo la cama de tablas, y había consumido una existencia en sumisión, ladrando para juntar el ganado cuando el vaquero batía las palmas.

El objeto desconocido seguía amenazándola. Contuvo la respiración, cubrió los dientes, espió al enemigo por debajo de las pestañas entornadas. Permaneció así algún tiempo, después se tranquilizó. Fabiano y la cosa peligrosa habían desaparecido.

Abrió los ojos con dificultad. Le costó abrir los ojos. Ahora había una gran oscuridad, seguramente el sol había desaparecido.

Los cencerros de las cabras tintinearón hacia el lado del río, el hedor del corral se desparramó por los alrededores.

Baléia se asustó. ¿Qué hacían aquellos animales sueltos de noche? La obligación de ella era levantarse, conducirlos al bebedero. Frunció la nariz, intentando distinguir a los niños. Le extrañó la ausencia de ellos.

No se acordaba de Fabiano. Había habido un desastre, pero Baléia no atribuía a ese desastre la impotencia en la que se encontraba ni se daba cuenta de que estaba libre de responsabilidades. Una angustia le apretó el pequeño corazón. Debía vigilar las cabras: a aquella hora olores de *sucuarana* debían andar por las barrancas, rondando las matas alejadas. Felizmente los niños dormían en la estera, debajo del aparador donde doña Vitória guardaba la pipa.

Una noche de invierno, helada y neblinosa, cercaba al pobre ser. Silencio completo, ninguna señal de vida en los alrededores. El gallo viejo no cantaba en el gallinero, ni Fabiano roncaba en la cama de tablas. Estos sonidos no le

interesaban a Baléia, pero cuando el gallo batía las alas y Fabiano se daba la vuelta, las emanaciones familiares le revelaban la presencia de ellos. Ahora parecía que la hacienda se había despoblado.

Baleia respiraba de prisa, con la boca abierta y la quijada suelta, la lengua colgando e insensible. No sabía lo que había sucedido. El estruendo, el golpe que había recibido en el cuarto trasero y el difícil viaje en el barrial en el fondo del patio se habían borrado de su mente.

Probablemente estaba en la cocina, entre las piedras que hacían de fogón. Antes de acostarse, doña Vitória retiraba de allí los carbones y la ceniza, barría con una escoba el suelo quemado y aquello se convertía en un buen lugar para que un perro descansara. El calor ahuyentaba a las pulgas, la tierra se ablandaba. Y, terminados los meneos, numerosos *preás* corrían y saltaban; un hormiguero de *preás* invadía la cocina.

El temblor subía, dejaba la barriga y llegaba al pecho de Baleia. Del pecho hacia atrás era todo insensibilidad y olvido. Pero el resto del cuerpo tenía escalofríos, espigas de *mandacarú* penetraban en su carne medio comida por la enfermedad.

Baleia apoyaba la cabecita fatigada en la piedra. La piedra estaba fría, seguramente doña Vitória había dejado que el fuego se apagara muy temprano.

Baleia quería dormir. Se despertaría feliz, en un mundo lleno de *preás*. Y lamería las manos de Fabiano, un Fabiano enorme. Las criaturas se revolcarían con ella, rodarían con ella en un patio enorme, en un corral enorme. El mundo estaría todo lleno de *preás*: gordos, enormes.

CUENTAS

Fabiano recibía en el reparto la cuarta parte de los becerros y la tercera de los cabritos. Pero como no tenía tierras de labor y apenas se limitaba a sembrar en el lecho seco del río unos puñados de porotos y maíz, comía de la feria, se deshacía de los animales, no llegaba a herrar un becerro ni a señalar la oreja de un cabrito.

Si pudiera economizar durante algunos meses levantaría cabeza. Había hecho planes.

Tonterías; quien está en el suelo no se levanta. Consumidas las legumbres, roídas las espigas del maíz, recurría al cajón del amo, cedía a bajo precio el producto de la suerte. Rezongaba, renegaba, afligido, intentando estirar los menguados recursos, se atragantaba y tragaba en seco. Llegando a un acuerdo con otro, no sería robado tan descaradamente. Pero temía ser expulsado de la hacienda. Y se rendía: aceptaba el dinero y oía consejos. Era bueno pensar en el futuro, tener juicio. Se quedaba con la boca abierta, rojo, el cuello hinchado. De repente explotaba.

—Palabras. El dinero anda a caballo y nadie puede vivir sin comer. Quien es del suelo no se levanta.

Poco a poco el hierro del propietario marcaba los animales de Fabiano. Y cuando no tenía nada más para vender, el *sertanejo* se endeudaba.

Al llegar la repartija, estaba empeñado, y a la hora de las cuentas le daban una nadería.

Ahora, en esta ocasión, como en otras, Fabiano ajustó el ganado, se arrepintió, y dejó al final la transacción medio apalabrada y fue a consultar a la mujer. Doña Vitória mandó a los niños al barrial, se sentó en la cocina, se concentró, distribuyó en el suelo semillas de varias especies e hizo sumas y restas. Al día siguiente Fabiano volvió a la ciudad, pero al cerrar trato notó que las operaciones de doña Vitória, como de costumbre, diferían de las del patrón. Reclamó y obtuvo la explicación habitual: la diferencia provenía de los intereses.

No se conformó: debía haber un error. Él era bruto, sí señor; se veía perfectamente que era bruto, pero la mujer tenía sesos. Seguro que había un error en el papel del blanco. No se descubrió el error, y Fabiano perdió los estribos. ¡Pasar la vida entera así en el yugo, entregando lo que era de él y mansamente! ¿Estaba bien eso? ¡Trabajar como negro y nunca lograr carta de manumisión!

El patrón se enojó, repelió la insolencia, le pareció bien que el vaquero fuera a buscar trabajo en otra hacienda.

Ahí Fabiano bajó el golpe y se acobardó. Bien, bien. No era necesario tanto barullo, no. Si había dicho cosas sin sentido, pedía disculpas. Era bruto, no había sido educado. Atrevimiento no tenía, conocía su lugar. Un cabra. ¿Iba a buscar pleitos con gente rica? Bruto, sí señor, pero sabía respetar a los hombres. Debía ser ignorancia de la mujer, probablemente debía ser ignorancia de la mujer. Hasta se había extrañado de sus cuentas. En fin, como no sabía leer (un bruto, sí señor) le había creído a su patrona. Pero pedía disculpas y juraba no caer en otra.

El amo se ablandó, y Fabiano salió de espaldas, el sombrero barriendo el piso. En la puerta, dándose vuelta, enganchó las estrellas de las espuelas, se alejó tropezando, los zapatonos de cuero crudo batiendo en el suelo como cascos.

Fue hasta la esquina, paró, recuperó el aliento. No debían tratarlo así. Se dirigió hacia la plaza lentamente. Delante de la bodega de don Inácio dio vuelta la cara e hizo una curva larga. Después de que le sucediera aquella miseria, temía pasar por allí. Se sentó en la vereda, sacó del bolsillo el dinero, lo examinó intentando adivinar cuánto le habían robado. No podía decir en voz alta que aquello era un robo, pero lo era. Le sacaban el ganado casi gratis y todavía inventaban el interés. ¡Qué interés! Lo que había era falta de vergüenza.

—Robo.

Ni le permitían quejas. Porque había reclamado, porque había hallado la cosa una exorbitancia, el blanco se había levantado furioso, con cuatro piedras en la mano. ¿Para qué tanto alboroto?

—¡Hum! ¡Hum!

Se acordó de lo que le había sucedido años atrás, antes de la seca, lejos. En un día de apuro había recurrido al puerco magro que no quería engordar en el chiquero y estaba reservado a los gastos de Navidad: lo había matado antes de tiempo y había ido a venderlo en la ciudad. Pero el cobrador de la municipalidad había llegado con el recibo y lo había agarrado. Fabiano se había hecho el desentendido: no entendía nada, era bruto. Como el otro le explicara que, para vender el puerco, debía pagar impuesto, había intentado convencerlo de que allí no había puerco, había cuartos de puerco, pedazos de carne. El agente se había enojado y lo había insultado, y Fabiano se había encogido. Bien, bien. Dios lo librara de historia con el gobierno. Juzgaba que podía disponer de sus trozos. No entendía de impuesto.

—Un bruto, ¿entiende?

Suponía que el cerdo cebado era suyo. Ahora, si la municipalidad tenía una parte, estaba acabado. Pues iba a

volver a su casa y comerse la carne. ¿Podía comer la carne? ¿Podía o no podía? El funcionario había dado un golpe con el pie, irritado, y Fabiano había pedido disculpas, el sombrero de cuero en la mano, la espalda curva.

—¿Quién dijo que yo quería pelear? Lo mejor es que terminemos con esto.

Se despidió, metió la carne en la bolsa y fue a venderla en otra calle, escondido. Pero atrapado por el cobrador, había padecido el impuesto y la multa. Desde aquel día no crió más cerdos. Era peligroso criarlos.

Miró los billetes arreglados en la palma, los níqueles y las platas, suspiró, se mordió los labios. Ni tenía derecho a protestar. Bajaba la cabeza. Si no la bajaba, tendría que desocupar la tierra y largarse con la mujer, los hijos pequeños y los petates. ¿A dónde? ¿Eh? ¿Tenía a dónde llevar a la mujer y a los niños? ¡No tenía nada!

Pasó la vista por todo su alrededor. Más allá de los tejados, que le reducían el horizonte, se extendía el campo, seco y duro. Se acordó de la marcha penosa que hiciera a través de ella, con la familia, todos harapientos y hambrientos. Se habían salvado, y esto le parecía un milagro. Ni sabía cómo se habían salvado.

Si pudiera mudarse, gritaría bien alto que le robaban. Aparentemente resignado, sentía un odio inmenso a cualquier cosa que era al mismo tiempo el campo seco, el patrón, los soldados y los agentes de la municipalidad. Todo en verdad estaba contra él. Estaba acostumbrado, tenía la cáscara muy gruesa, pero a veces perdía los estribos. No existía paciencia que soportara tanto.

—Un día un hombre hace una barbaridad y se desgracia.

¿Acaso no veían que él era de carne y hueso? Tenía la obligación de trabajar para los otros, lógicamente: conocía

su lugar. Bien. Había nacido con ese destino, nadie tenía la culpa de que él hubiera nacido con un mal destino. ¿Qué se podía hacer? ¿Podía cambiar la suerte?

Si le dijeran que era posible mejorar su situación, se espantaría. Había venido al mundo para amansar potros, curar heridas con rezos, arreglar cercas de invierno a verano. Era su sino. Su padre había vivido así, su abuelo también. Y más atrás no había familia. Cortar *mandacarú*, encerar látigos —estaba en la sangre. Se conformaba, no pretendía nada más. Si le dieran lo que era de él, estaba bien. No se lo daban. Era un desgraciado, era como un perro, sólo recibía los huesos. ¿Por qué sería que los hombres ricos todavía le quitaban una parte de los huesos? Hasta le daba asco que personas importantes se ocuparan de semejantes porquerías.

En la palma de su mano los billetes estaban húmedos de sudor. Deseaba saber el tamaño de la usurpación. La última vez que había hecho cuentas con el amo el perjuicio parecía menor. Se alarmó. Había oído hablar de intereses y plazos. Esto le había dado una impresión bastante penosa: siempre que los hombres sabidos le decían palabras difíciles, él salía perjudicado. Se sobresaltaba al escucharlas. Evidentemente sólo servían para encubrir robos. Pero eran bonitas. A veces recordaba algunas y las empleaba sin sentido. Después las olvidaba. ¿Para qué un pobre de su laya iba a usar palabras de gente rica? Doña Terta sí que tenía una lengua terrible. Sí: hablaba casi tan bien como la gente de la ciudad. Si él supiera hablar como doña Terta buscaría empleo en otra hacienda; habría de arreglárselas. Pero no sabía. En las horas de apuro tartamudeaba, se embarullaba como un niño, se rascaba los codos, aperreado. Por eso lo estafaban. Sinvergüenzas. ¡Sacarle las cosas a un infeliz que no tenía dónde caerse muerto! ¿No se daban cuenta que eso no estaba bien?

¿Qué ganaban con semejante procedimiento? ¿Eh? ¿Qué ganaban?

—¡Ah!

Ahora no criaba cerdos y quería ver si el tipo de la municipalidad le iba cobrar impuesto y multa. Le arrancaban la camisa del cuerpo y todavía le daban facón y cárcel. Pues no trabajaría más, iba a descansar.

Tal vez no fuera. Interrumpió el monólogo y pasó una eternidad contando y volviendo a contar mentalmente el dinero. Lo agarró con fuerza, lo empujó en el bolsillo del pantalón, metió en el ojal estrecho el botón de hueso. ¡Qué porquería!

Se levantó, fue hasta la puerta de una taberna, con ganas de beber aguardiente. Como había muchas personas apoyadas en el mostrador, reuló. No le gustaba verse en el medio de la gente. Falta de costumbre. A veces decía algo sin intención de ofender, entendían otra cosa, y venían cuestiones. Era peligroso entrar en el bar. El único ser que lo comprendía era su mujer. Ni necesitaba hablar: bastaban los gestos. Doña Terta sí que se explicaba como gente de la ciudad. Muy bien que una persona fuera así, tuviera recursos para defenderse. Él no los tenía. Si los tuviera, no viviría en aquel estado.

Un peligro entrar en el taberna. Tenía ganas de beber un cuarto de aguardiente, pero se acordaba de la última visita hecha a la venta de don Inácio. Si no hubiera tenido la idea de beber, no le habría sucedido aquel desastre. Ni podía tomar una caña tranquilo. Bien. Volvería a su casa a dormir.

Salió lento, pesado, rengueando, las estrellas de las espuelas silenciosas. No lograría dormir.

En la cama de tablas había una madera con un nudo, bien en el medio. Sólo mucho cansancio hacía que un cristiano se acomodara en semejante dureza. Necesitaba fati-

garse en el lomo de un caballo o pasar el día arreglando cercas. Abatido, flojo, se tiraba y roncaba como un cerdo. Ahora no le sería posible cerrar los ojos. Daría vueltas la noche entera sobre las varas, cavilando sobre aquella persecución. Desearía imaginar lo que haría para el futuro. No haría nada. Se mataría en el trabajo y viviría en una casa ajena, mientras lo dejaran quedarse. Después saldría por el mundo, iría a morir de hambre en la *catínga* seca.

Sacó del bolsillo el pedazo de tabaco, preparó un cigarro con el cuchillo de punta. Si por lo menos pudiera recordar hechos agradables, la vida no sería totalmente mala.

Dejó la calle. Levantó la cabeza, vio una estrella, después muchas estrellas. Las figuras de los enemigos desaparecieron. Pensó en la mujer, en los hijos y en la perra muerta. Pobre Baléia. Era como si él hubiera matado una persona de la familia.

EL SOLDADO AMARILLO

Fabiano se metió en el sendero que desembocaba en la laguna seca, quemada, cubierta de *catingueiras* y capones de mato. Iba pesado, el morral lleno en bandolera y muchos látigos y cencerros colgados del brazo. El facón le golpeaba las piernas.

Observaba el suelo como de costumbre, descifrando huellas. Reconoció los de la yegua ruca y los de la cría, marcas de cascos grandes y pequeños. La yegua parda, seguro. Había dejado pelos blancos en un tronco de angico. Había orinado en la arena y la orina había borrado las huellas, lo que no sucedería de tratarse de un caballo.

Fabiano iba absorto, observando esas señales y otros que se cruzaban de criaturas menores. Encorvado, parecía olfatear el suelo, y la *catanga* desierta se animaba, los animales que habían pasado por allí volvían, se le aparecían delante de los ojos menudos.

Siguió la dirección que la yegua había tomado. Anduvo cerca de cien brazas cuando el cabestro de pelo que traía en un hombro se enganchó en un tronco de *quipá*. Se desembarazó del cabestro, sacó el machete y se puso a cortar los *quipás* y las plantas que le interrumpían el paso.

Había hecho un gran estrago, la tierra se cubría de palmas espinosas. Se detuvo al percibir rumor de ramas quebradas, se dio vuelta y se encontró cara a cara con el soldado amarillo que, hacía un año, lo llevara a la cárcel, donde recibiera una zurra y pasara la noche. Bajó el arma. Aquello duró un segundo. Menos: una fracción de

segundo. Si hubiera durado más tiempo el amarillo habría caído pataleando en el polvo, con la cabeza rota. Como el impulso que movió el brazo de Fabiano fue muy fuerte, el gesto que hizo habría sido suficiente para un homicidio si otro impulso no le hubiera dirigido el brazo en sentido contrario. La lámina paró de golpe junto a la cabeza del intruso, bien encima de la gorra roja. Al principio el vaquero no comprendió nada. Vio apenas que allí había un enemigo. De repente notó que aquello era un hombre, y, cosa más grave, una autoridad. Sintió un choque violento, se detuvo, el brazo quedó irresoluto, flácido, inclinándose hacia un lado y hacia el otro.

El soldado, delgado, abatido, temblaba. Y Fabiano deseaba levantar el machete de nuevo. Lo deseaba, pero los músculos se aflojaban. Realmente no quería matar un cristiano: procedió como cuando, al montar potros, evitaba gajos y espinas. Ignoraba los movimientos que hacía en la silla. Alguna cosa lo empujaba hacia la derecha o hacia la izquierda. Era esa cosa que iba partiendo la cabeza del amarillo. Si se hubiera demorado un minuto, Fabiano sería un cabra valiente. No se había demorado. La certeza del peligro surgió —y él estaba indeciso, con los ojos desorbitados, respirando con dificultad, un espanto verdadero en el rostro barbudo cubierto de sudor, el cabo del machete mal sostenido entre los dedos húmedos.

Tenía miedo y repetía que estaba en peligro, pero esto le pareció tan absurdo que se puso a reír. ¿Miedo de aquello? Nunca había visto una persona temblar así. Perro. ¿No era él hombre importante de la ciudad? ¿No pisaba los pies de los paisanos, en la feria? ¿No metía gente en la cárcel? Sinvergüenza, miserable.

Se irritó. ¿Por qué sería que a aquel zafado le castañeteaban los dientes como a un *caititu*? ¿No se daba cuenta que él era incapaz de vengarse? ¿No se daba cuenta? Se le oscureció el rostro. La idea de peligro iba desapareciendo.

¿Qué peligro? Contra aquello ni precisaba machete, le bastaban las uñas. Agitando los cencerros y los látigos acercó la mano izquierda, gruesa y peluda, a la cara del policía, que reculó y se apoyó en una *catigueira*. Si no hubiera sido por la *catigueira* el infeliz se habría caído.

Fabiano clavó en él sus ojos ensangrentados y metió el machete en la funda. Podía matarlo con las uñas. Se acordó de la paliza que le habían dado y de la noche pasada en la cárcel. Sí señor. Aquello ganaba dinero maltratando criaturas inofensivas. ¿Era correcto? El rostro de Fabiano se contraía, terrible, más feo que un hocico. ¿Eh? ¿Era correcto? Meterse con personas que no hacen mal a nadie. ¿Por qué? Se sofocaba, las arrugas de la frente se profundizaban, los pequeños ojos azules se abrían en exceso, en una interrogación dolorosa.

El soldado se encogía, se escondía detrás del árbol. Y Fabiano clavaba las uñas en las palmas callosas. Deseaba quedar ciego otra vez. Imposible volver a adquirir aquel instante de inconciencia. Repetía que el arma era innecesaria, pero tenía la certeza de que no lograría utilizarla —y sólo quería engañarse. Durante un minuto la cólera que sentía por considerarse impotente fue tan grande que recuperó la fuerza y avanzó hacia el enemigo.

La rabia cesó, los dedos que herían la palma aflojaron la presión y Fabiano se plantó, despatarrado, como un pato, el cuerpo debilitado.

Resguardándose tras la *catigueira*, el soldado dejaba ver sólo un brazo, una pierna y un pedazo de cara, pero esta franja del hombre comenzaba a crecer a ojos del vaquero. Y la otra parte que estaba escondida debía ser mayor. Fabiano intentó ahuyentar la idea absurda:

—¡Qué cosas tan bestias se le ocurren a uno!

Algunos minutos antes no pensaba en nada, pero ahora sudaba frío y tenía recuerdos insoportables. Era un sujeto violento, con el corazón cerca de la garganta. No, era un

cabra que se rebelaba algunas veces, y cuando esto sucedía terminaba mal. Aquella tarde, por ejemplo, si no hubiera perdido la paciencia y maldecido la madre de la autoridad, no habría dormido en la cárcel después de soportar facón en la espalda. Dos excomulgados le habían caído encima, un fierro le había golpeado en el pecho, otro en la espalda, y él se había arrastrado tiritando como pollito mojado. Todo porque se exasperara y dijera una palabra sin pensarlo. Falta de crianza. ¿Tenía él la culpa? Se armó un espanto y el cabo se había abierto camino entre los feriantes que se agolpaban alrededor. —“Caminá”. Después paliza y cárcel, a causa de una estupidez. Él, Fabiano, había sido provocado. ¿Sí o no? Taco de bota encima de la ojota. Se había impacientado y había soltado una palabrota. Lógico, maldecir la madre de una persona no es nada, porque todo el mundo ve en seguida que uno no tiene intención de maltratar a nadie. Un decir sin importancia. El amarillo debía saber eso. No lo sabía. Se había salido con cuatro piedras en la mano, tocó el silbato. Y Fabiano salió perdiendo. “Fuera”.

Dio un paso hacia la *catigueira*. ¿Qué haría el policía si él gritara ahora “fuera”? No se alejaría, se quedaría pegado al tronco del árbol. Una miseria, uno podía putearle la madre. Pero entonces... Fabiano estiraba el labio y murmuraba. Aquella cosa arreada y achacosa metía personas en la cárcel, les pegaba. No entendía. Si fuera un ser saludable y fuerte, lo entendería. En fin, recibir del gobierno no es deshonor, y Fabiano hasta sentía orgullo al acordarse de la aventura. Pero aquello... Soltó unos gruñidos. ¿Por qué razón el gobierno se aprovechaba de gente así? Sólo si tuviera recelos de emplear tipos derechos. Aquella cambada sólo servía para morder a personas inofensivas. ¿Él, Fabiano, sería tan malvado si anduviera de uniforme? ¿Pisaría los pies de los trabajadores y les pegaría? No; no lo haría.

Se acercó lentamente, dio la vuelta, se encontró frente al policía, que lo miró estupefacto, apoyado en el tronco, con la pistola y el puñal inútiles. Esperó a que se moviera. Era una miseria, de veras, pero vestía uniforme y no iba a quedarse así, con los ojos desorbitados, los labios blancos, los dientes castañeteando como bolos. Iba a golpear el pie, gritar, levantar la espalda, plantarle el taco de la bota encima de la ojota. Deseaba que él hiciera eso. La idea de haber sido insultado, preso, molido por una criatura miserable era insoportable. Se miraba en aquella cobardía y se veía más lastimoso y miserable que el otro.

Bajó la cabeza, se rascó los pelos rubios de la quijada. Si el soldado no sacara el facón, no gritara, él, Fabiano, sería un ser vivo muy desgraciado.

¿Debía someterse a aquel temblor, a aquella palidez? Era un animal resistente, sufrido. Tenía nervio, quería pelear, se había metido en líos y había salido con la frente alta. Recordó antiguas peleas en bailes con hembra y aguardiente. Una vez, navaja en mano, dispersó a la negrada. Ahí fue cuando doña Vitória comenzó a gustar de él. Siempre había sido osado. ¿Se estaría enfriando con la edad? ¿Cuántos años tendría? Lo ignoraba, pero seguramente envejecía y se debilitaba. Si poseyera espejos, vería arrugas y cabellos blancos. Arruinado, un desperdicio. No había sentido la transformación, pero estaba acabándose.

El sudor le humedeció las manos duras. ¿Entonces sudaba de miedo por una peste que se escondía temblando? ¿No era una gran desgracia, la mayor de las desgracias? Probablemente no se exasperaría nunca más, pasaría el resto de la vida blando y débil y reblandecido. ¿Cómo cambia uno! Era así nomás. Estaba cambiado. Otro individuo, muy diferente del Fabiano que levantaba polvo en los bailes. Un Fabiano bueno para aguantar facón en la espalda y dormir en la cárcel.

Dio vuelta la cara, vio el facón de reajo. Aquello ni era facón, no servía para nada.

¡No servía para nada!

—¿Quién dice que no servía?

Era un facón verdadero, sí señor, se había movido como un rayo cortando palmas de *quipá*. Y había estado a punto de quebrar la cabeza de un sinvergüenza. Ahora dormía en la funda rota, era una cosa inútil, pero había sido un arma. Si aquella cosa hubiera durado un segundo más, el policía estaría muerto. Lo imaginó así, caído, las piernas abiertas, las pupilas despavoridas, un hilo de sangre empastándole el cabello, formando un riacho entre los guijarros del sendero. ¡Muy bien! Lo arrastraría dentro de la *catinga*, lo entregaría a los *urubús*. Y no sentiría remordimientos. Dormiría con su mujer, tranquilo, en la cama de tablas. Después le gritaría a los niños, que necesitaban crianza. Era un hombre, evidentemente.

Se irguió y clavó los ojos en los del policía, que los desvió. Un hombre. Tonterías pensar que iba a quedar marchito el resto de su vida. ¿Estaba acabado? No lo estaba. ¿Pero para qué suprimir aquel loco que se tambaleaba y sólo quería ir hacia abajo? ¡Inutilizarse por causa de una flaqueza uniformada que vagaba en la feria e insultaba a los pobres! No se inutilizaría, no valía la pena inutilizarse. Preservaría sus fuerzas.

Vaciló y se rascó la cabeza. Había muchos bichos así malvados, había un horror de bichos así de débiles y malvados.

Se alejó, inquieto. Viéndolo servil y pacífico, el soldado recobró coraje ganó, avanzó, pisó firme y preguntó por el camino. Y Fabiano se sacó el sombrero de cuero.

—El gobierno es el gobierno.

Se sacó el sombrero de cuero, se curvó y enseñó el camino al soldado amarillo.

EL MUNDO CUBIERTO DE PLUMAS

El *molungo* del abrevadero se cubría de bandadas de pájaros. Mala señal, probablemente el sertón iba a incendiarse. Venían en bandadas, se posaban sobre los árboles de la orilla del río, descansaban, bebían y, como en los alrededores no había comida, seguían viaje hacia el sur. La pareja angustiada soñaba desgracias. El sol chupaba los pozos, y aquellas excomulgadas se llevaban el resto del agua, querían matar al ganado.

Así habló doña Vitória, pero Fabiano rezongó, frunció el ceño, considerando la frase extravagante. ¡Aves matar cabras y vacas, qué ocurrencia! Miró a la mujer, desconfiado, pensó que estaba desvariando. Fue a sentarse en el banco de la galería, examinó el cielo limpio, lleno de claridades de mal agüero, que la sombra de las aves cortaba. ¡Un animal de plumas matar el ganado! Probablemente doña Vitória no estaba en su juicio.

Fabiano estiró el labio y arrugó más la frente sudada: imposible comprender la intención de la mujer. No atinaba. ¡Un animal tan pequeño! Entró en la casa, trajo el morral, preparó un cigarro, golpeó con el fusil en la piedra, dio una larga pitada. Miró hacia los cuatro rincones, se quedó algunos segundos mirando al norte, rascándose la quijada.

—¡Esto es el fin del mundo!

No permanecería allí mucho tiempo. En el silencio extendido sólo se oía un rumor de alas.

¿Cómo era que había dicho doña Vitória? La frase de ella volvió al espíritu de Fabiano y luego el significado apareció. Las aves bebían el agua. Bien. El ganado tenía sed y moría. Muy bien. Las aves mataban el ganado. Era correcto. Pensando, la gente veía que era así, pero doña Vitória largaba tiradas embarazosas. Ahora Fabiano entendía lo que ella quería decir. Se olvidó de la próxima infelicidad, y se rió encantado con la agudeza de doña Vitória. Tenía ideas, sí señor, tenía mucha cosa en los sesos. ¡Entonces! ¡Descubrir que las aves mataban al ganado! Y lo mataban. A aquella hora el *molungo* del bebedero, sin hojas y sin flores, todo pelado, se adornaba de plumas.

Deseó ver aquello de cerca; se levantó, puso el morral en bandolera, fue a buscar el sombrero de cuero y la escopeta de pedernal. Descendió la galería, atravesó el patio, se acercó a la ladera pensando en la perra Baléia. Pobrecita. Le habían aparecido aquellas cosas horribles en la boca, se le había caído el pelo, y él tuvo que matarla. ¿Había procedido bien? Nunca había reflexionado sobre eso. La perra estaba enferma. ¿Podía permitir que mordiera a los niños? ¿Podía permitirlo? Habría sido una locura exponer a las criaturas a la hidrofobia. Pobre Baléia. Sacudió la cabeza para alejarla de su espíritu. Era el diablo de aquella escopeta que le traía la imagen de la perrita. La escopeta, sin dudas. Dio vuelta el rostro hacia las piedras del fondo del patio, donde Baléia apareció fría, yerta, con los ojos comidos por los *urubús*.

Apuró el paso, descendió la ladera, pisó tierra de aluvión, se acercó al bebedero. Había un batir loco de alas por encima del pozo de agua negra, y las ramas del *molungo* resultaron completamente invisibles. Plagas. Cuando bajaban al sertón, se acababa todo. El ganado se moriría, hasta los espinos se secarían.

Suspiró. ¿Qué se podía hacer? Huir de nuevo, asentarse en otro lugar, recomenzar la vida. Levantó la escopeta, apretó el gatillo sin apuntar. Cinco o seis aves cayeron al suelo, el resto se espantó, las ramas quemadas surgieron desnudas. Pero poco a poco se fueron cubriendo de nuevo, aquello no tenía fin.

Fabiano se sentó desanimado en el borde del bebedero, cargó lentamente la escopeta con perdigones pequeños y no presionó la boca, para que la carga se desparramara y alcanzara a muchos enemigos. Nuevo tiro, nuevas caídas, pero esto no dio ningún placer a Fabiano. Tenía allí comida para dos o tres días; si poseyera munición, tendría comida para semanas y meses.

Examinó el frasco de pólvora y el plomero, pensó en el viaje, se estremeció. Intentó engañarse, imaginó que la seca no ocurriría si él no la provocara con malas ideas. Volvió a encender el cigarrillo, intentó distraerse hablando bajo. Doña Terta era persona de mucho saber por aquellos pagos. ¿Cómo andarían las cuentas con el patrón? Ahí estaba lo que él nunca conseguiría descifrar. Aquél asunto de los intereses se tragaba todo, y al final el blanco todavía creía que hacía un favor. El soldado amarillo...

Fabiano se sintió desgraciado, cerró los puños y se dio golpes en los muslos. Diablos. Se esforzaba en olvidar una desgracia, y venían otras desgracias. No quería acordarse del patrón ni del soldado amarillo. Pero se acordaba, enroscándose como una víbora ensañada. Era un infeliz, era el ser más infeliz del mundo. Debería haber herido aquella tarde al soldado amarillo, debería haberlo apuñalado. Cabra común, tímido, se había encogido y mostrado el camino. Se refregó la cabeza sudada y arrugada. ¿Para qué recordar vergüenzas? Pobre de él. ¿Estaba entonces decidido a vivir siempre así? Cabra descarado, enclenque. Si no fuera tan débil, se habría unido a una partida de

bandoleros y sembrado desgracias. Después habría recibido algún tiro en una emboscada o envejecería en la cárcel, cumpliendo alguna sentencia, pero esto no era mejor que acabarse a la vera del camino, abrasado por el calor, con la mujer y los hijos muriéndose también. Debería haber agujereado el pescuezo del amarillo con el facón, lentamente. Tal vez estaría preso y respetado; un hombre respetado, un hombre. Así como estaba, nadie podía respetarlo. No era hombre, no era nada. Aguantaba golpes en el lomo y no se vengaba.

—Fabiano, hijo mío, coraje. Vergüenza, Fabiano. Mata al soldado amarillo. Los soldados amarillos son unos desgraciados que deben morir. Mata al soldado amarillo y a los que mandan en él.

Como gesticulaba con furor, gastando mucha energía, comenzó a resollar y sintió sed. Por la cara roja y quemada el sudor corría, volviendo más oscura la barba rubia. Descendió la barranca, se agachó a la vera del agua salobre, y se puso a beber ruidosamente en el cuenco de las manos. Una nube de aves voló asustada. Fabiano se levantó con un brillo de indignación en sus ojos.

—Miserables.

Su cólera se volvía de nuevo contra las aves. Volvió a sentarse en la barranca, disparó muchas veces a las ramas del *molungo*, el suelo quedó lleno de cadáveres. Iban a ser salados, extendidos en cuerdas. Pensó aprovecharlos como alimento en el viaje próximo. Debía gastar el resto del dinero en municiones y pólvora, pasar el día en el bebedero, y después largarse por el mundo. ¿Sería necesario mudarse? A pesar de saber perfectamente que era necesario, se aferró a esperanzas frágiles. Tal vez la sequía no viniera, tal vez lloviera. Aquellos malditos animales le daban miedo. Intentó olvidarlos. ¿Pero cómo podría olvidarlos si estaban allí, volándole alrededor de la cabeza,

agitándose en el barro, posados sobre las ramas, desparrramados por el suelo, muertos?

Si no fuera por ellos la sequía no existiría. Por lo menos no existiría en aquel momento. Vendría después, sería más corta. Así, comenzaba enseguida, y Fabiano la sentía de lejos. La sentía como si ya hubiera llegado, sentía anticipadamente el hambre, la sed, las fatigas inmensas de las caminatas. Algunos días antes estaba sosegado, preparando látigos, arreglando alambrados. De repente, un trazo en el cielo, otro trazo, millares de trazos juntos, nubes, y el terrible rumor de las alas anunciando destrucción. Él ya andaba medio desconfiado viendo menguar las fuentes. Y miraba con disgusto la blancura de las largas mañanas y el rojo siniestro de las tardes. Ahora se confirmaban sus sospechas.

—Miserables.

Los bichos excomulgados eran la causa de la sequía. Si las pudiera matar, la sequía desaparecería. Se movió con violencia, cargó la escopeta furiosamente. La mano gruesa, peluda, llena de manchas y desollada temblaba sacudiendo la baqueta.

—Pestes.

Imposible acabar con aquella plaga. Extendió los ojos por la campiña, se halló desolado. Solo en un mundo cubierto de plumas, de aves que iban a comerlo. Pensó en la mujer y suspiró. Pobre doña Vitória, de nuevo en los descampados, transportando el baúl de hojalata. Una persona con tanto juicio tener que marchar en la tierra quemada, desollarse los pies en los guijarros; era duro. Las aves mataban al ganado. ¿Cómo había doña Vitória descubierto aquello? Difícil. Él, Fabiano, aún exprimiéndose los sesos no diría semejante frase. Doña Vitória sabía hacer cuentas: se sentaba en la cocina, consultaba montones de semillas de varias especies, correspondientes a mil pesos,

cien y centavos. Y acertaba. Las cuentas del patrón eran distintas, hechas a tinta y contra el vaquero, pero Fabiano sabía que estaban equivocadas y que el patrón quería engañarlo. Lo engañaba. ¿Qué remedio? Fabiano, un desgraciado, un cabra, dormía en la cárcel y aguantaba golpes en el lomo. ¿Podía reaccionar? No podía. Un cabra. Pero las cuentas de doña Vitória debían ser exactas. Pobre doña Vitória. Nunca conseguiría extender sus huesos en una cama, el único deseo que tenía. ¿Los otros no se acostaban en camas? Temiendo lastimarla, Fabiano había concordado con ella, aunque aquello fuera un sueño. No podrían dormir como personas. Y ahora iban a ser comidos por las aves. Descendió la barranca, tomó lentamente los cadáveres, los metió en el morral, que quedó lleno a rebosar. Se retiró lentamente. Él, doña Vitória y los niños se comerían las aves.

Si la perra Baléia estuviera viva, estaría alegre. ¿Por qué sería que se le apretaba el corazón? Pobrecita la perra. La había matado por fuerza, por causa de la enfermedad. Después había vuelto a los látigos, a los alambrados, a las cuentas enrevesadas del patrón. Subió la ladera, se acercó a los *juazeiros*. A la pobrecita le gustaba revolcarse junto a la raíz de uno de ellos, cubrirse de ramajes y hojas secas. Fabiano suspiró, sintió un peso enorme por dentro. ¿Y si hubiera cometido un error? Miró la planicie abrasada, la sierra donde saltaban los *preás*, confesó a las *catingueiras* y a los *xiquexiques* que el animal tenía hidrofobia y amenazaba a las criaturas. La había matado por eso.

Aquí las ideas de Fabiano se confundieron: la perra se mezcló con las aves, que no se distinguían de la sequía. Él, la mujer y los dos niños serían comidos. Doña Vitória tenía razón: era lista y percibía las cosas de lejos. Fabiano abría los ojos y deseaba continuar admirándola. Pero el corazón acongojado, como un sapo, se henchía con el

recuerdo de la perra. Pobrecita, flaca, dura, tiesa, con los ojos arrancados por los *urubús*.

Delante de los *juazeiros* Fabiano apuró el paso. ¿Quién sabe si el alma de Baléia, no andaba por ahí, como un fantasma?

Llegó a la casa, con miedo. Iba oscureciendo, y aquella hora le inspiraba siempre unos vagos terrores. Últimamente vivía desanimado, sin fuerzas, porque las desgracias eran muchas. Necesitaba consultar a doña Vitória, combinar el viaje, liberarse de las aves, explicarse, convencerse de que no había cometido una injusticia al matar a la perra. Era necesario abandonar aquellos lugares maldecidos. Doña Vitória estaría de acuerdo.

FUGA

La vida en la hacienda se había vuelto difícil. Doña Vitória se bendecía temblando, manipulaba el rosario, movía los labios rezando oraciones desesperadas. Encogido en el banco de la galería, Fabiano espiaba la *catinga* amarilla, donde las hojas secas se pulverizaban, trituradas por los remolinos, y los ramajes se torcían, negros, calcinados. En el cielo azul las últimas aves habían desaparecido. Poco a poco los animales se habían muerto, devorados por las dificultades. Y Fabiano resistía, pidiendo a Dios un milagro.

Pero cuando la hacienda se despobló, vio que todo estaba perdido y combinó el viaje con la mujer; mató al becerro moribundo que poseían, saló la carne, y se largó de la hacienda con la familia sin despedirse del amo. No podría nunca liquidar aquella deuda exagerada. Sólo le quedaba largarse por el mundo, como negro fugitivo.

Salieron de madrugada. Doña Vitória metió el brazo por el agujero de la pared y cerró la puerta del frente con la tranca. Atravesaron el patio, dejaron en la oscuridad el chiquero y el corral, vacíos, de tranqueras abiertas, el carro de los bueyes que se pudría, los *juazeiros*. Al pasar junto a las piedras donde los niños tiraban cobras muertas, doña Vitória se acordó de la perra Baléia, lloró, pero no estaba visible y nadie percibió el llanto.

Descendieron la ladera, atravesaron el río seco, tomaron rumbo hacia el sur. Con la fresca de la madrugada

anduvieron bastante, en silencio, cuatro sombras en el camino estrecho cubierto de guijarros minúsculos —los niños adelante, conduciendo hatos de ropa, doña Vitória bajo el baúl de hojalata pintada y la calabaza de agua, Fabiano atrás, de machete y facón, el cuenco colgado de una correa amarrada al cinturón, el morral en bandolera, la escopeta de pedernal en un hombro, el saco de las provisiones en el otro. Caminaron unas buenas tres leguas antes de que aparecieran las nubes cargadas del amanecer.

Hicieron un alto. Y Fabiano dejó en el suelo parte de la carga y miró el cielo, haciendo visera con las manos. Se había arrastrado hasta allí sin la seguridad de que aquello significara realmente una mudanza. Se retardaba y reprendía a los niños, que se adelantaban, les aconsejaba economizar fuerzas. La verdad es que no quería alejarse de la hacienda. El viaje le parecía sin objeto, no creía en él. Lo había preparado lentamente, lo había postergado, lo había vuelto a preparar, y sólo se había decidido cuando estaba definitivamente perdido. ¿O acaso podía seguir viviendo en un cementerio? Nada lo ataba a aquella tierra dura, encontraría un lugar menos seco para enterrarse. Era lo que Fabiano decía, pensando en cosas ajenas: el chiquero y el corral, que necesitaban ser arreglados, el semental, buen compañero, la yegua alazana, las *catingueiras*, las macetas de hierbabuena, las piedras del fogón, la cama de varas. Y sus pies se desvanecían, sus ojotas se callaban en la oscuridad. ¿Sería necesario dejar todo? Las ojotas chirriaban de nuevo sobre el camino cubierto de guijarros.

Ahora Fabiano examinaba el cielo, las nubes que teñían el naciente, y no quería convencerse de la realidad. Intentó distinguir cualquier cosa diferente del rojo que espiaba todos los días, con el corazón a los saltos. Las

manos gruesas, debajo del ala curva del sombrero, le protegían los ojos contra la claridad y temblaban.

Los brazos le colgaban, desanimados.

Antes de mirar el cielo, ya sabía que estaba negro de un lado, color de sangre del otro, y que iba a tornarse profundamente azul. Se estremeció como si descubriera algo espantoso.

Desde que aparecieran las bandadas de aves vivía angustiado. Trabajaba en exceso para no perder el sueño. Pero en pleno trabajo un escalofrío le recorría la espalda, a la noche se despertaba angustiado y se encogía en un rincón de la cama de tablas, mordido por las pulgas, conjeturando miserias.

La luz aumentó y se desparramó por el campo. Sólo entonces comenzó el viaje. Fabiano hizo una señal a la mujer y a los hijos, tomó la escopeta y el saco de las provisiones, ordenó la puesta en marcha con una interjección áspera.

Se alejaron rápidos, como si alguien los persiguiera, y las ojotas de Fabiano casi pisaban los talones de los niños. El recuerdo de la perra Baléia lo perseguía, intolerable. No podía librarse de ella. *Mandacarús* y *alastrados* vestían la planicie; espinas, sólo espinas. Y Baléia lo atormentaba. Necesitaba huir de aquella vegetación enemiga.

Los niños corrían. Doña Vitória buscó con la vista el rosario de cuentas blancas y azules metido entre sus senos, pero con el movimiento que hizo el baúl de hojalata pintada comenzó a caerse. Se enderezó y lo sujetó, y musitó una oración. Dios Nuestro Señor protegería a los inocentes. Doña Vitória flaqueó, una ternura inmensa le colmó el corazón. Se reanimó, intentó liberarse de los pensamientos tristes y conversar con el marido mediante monosílabos. A pesar de ser de lengua fácil, sentía una opresión en la garganta y no podía explicarse. Pero se

sentía desamparada y pequeña en la soledad, necesitaba un apoyo, alguien que la animara. Tenía que oír cualquier sonido. La mañana sin pájaros, sin hojas y sin viento, avanzaba en un silencio de muerte. La faja roja había desaparecido, se había diluido en el azul que llenaba el cielo. Doña Vitória necesitaba hablar. Si se quedara callada sería como un tronco de *mandacarú*, seca, muerta. Quería engañarse, gritar, decir que era fuerte y que el calor espantoso, los árboles transformados en esqueletos, la inmovilidad y el silencio no significaban nada. Se acercó a Fabiano, lo amparó y se sintió amparada, olvidó los objetos cercanos, las espinas, las aves, los *urubús* que olfateaban carroña. Habló del pasado, lo confundió con el futuro. ¿No podrían volver a ser lo que habían sido?

Fabiano dudó, rezongó, como hacía siempre que le dirigían palabras incomprensibles. Pero le pareció bien que doña Vitória hubiera sacado conversación. Iba desesperado, el saco de la comida y el morral empezaban a pesarle excesivamente. Doña Vitória hizo la pregunta, Fabiano pensó y anduvo una buena media legua sin darse cuenta siquiera. Al principio quiso responder que evidentemente ellos eran lo que habían sido, después pensó que estaban cambiados, más viejos y más débiles. Eran otros, a decir verdad. Doña Vitória insistió. ¿No sería bueno volver a vivir como habían vivido, muy lejos? Fabiano agitaba la cabeza, vacilando. Tal vez fuera, tal vez no fuera. Cuchichearon larga y entrecortadamente, con abundantes equívocos y repeticiones. Vivir como habían vivido, en una casita protegida por la volandera de don Tomás. Discutieron y terminaron por reconocer que aquello no valdría la pena, porque estarían siempre asustados, pensando en la sequía. Se acercaban ahora a lugares habitados, encontrarían alguna morada. No andarían siempre sin rumbo, como gitanos. El vaquero se ensom-

brecía con la idea de que se dirigía a tierras donde tal vez no hubiera ganado para cuidar. Doña Vitória intentó calmarlo diciéndole que podría entregarse a otras ocupaciones, y Fabiano se estremeció, se dio vuelta, dirigiendo los ojos hacia la hacienda abandonada. Se acordó de los animales heridos y luego ahuyentó el recuerdo. ¿Qué hacía mirando hacia atrás? Los animales estaban muertos. Entrecerró los párpados para contener las lágrimas. Una gran tristeza le oprimió el corazón, pero un instante después acudieron a su mente figuras intolerables: el patrón, el soldado amarillo, la perra Baléia tesa junto a las piedras del fondo del patio.

Los niños habían desaparecido en una curva del camino. Fabiano se adelantó para alcanzarlos. Era necesario aprovechar su disposición, dejar que anduvieran a voluntad. Doña Vitória acompañó al marido, llegó hasta donde estaban sus hijos. Al doblar el recodo del camino, Fabiano sentía distanciarse un poco de los lugares donde había vivido algunos años; el patrón, el soldado amarillo y la perra Baléia se desvanecieron de su mente.

Y la conversación prosiguió. Ahora Fabiano estaba un poco optimista. Enderezó el saco de la comida, examinó el rostro carnoso y las piernas gruesas de su mujer. Bien. Deseó fumar. Como aseguraba la boca del saco y la cureña de la escopeta, no pudo realizar su deseo. Temió desanimarse y no continuar la caminata. Continuó parloteando, agitando la cabeza para ahuyentar una nube que, vista de cerca, escondía al patrón, al soldado amarillo y la perra Baléia. Sus pies callosos, duros como cascotes, metidos en ojotas nuevas, caminarían meses. ¿O no caminarían? Doña Vitória dijo que sí. Fabiano le agradeció su opinión y le elogió las piernas gruesas, las nalgas voluminosas, los pechos llenos. Las mejillas de doña Vitória se enrojecieron y Fabiano repitió el elogio con entusiasmo. Era así. Estaba

muy bien, corpulenta, podría andar mucho. Doña Vitória rió y bajó los ojos. No era tanto como él decía, no. Dentro de poco tiempo estaría flaca, con los senos flácidos. Pero recuperaría las carnes. Y tal vez ese lugar hacia donde iban fuera mejor que los otros donde habían estado. Fabiano estiró el labio, dudando. Doña Vitória combatió la duda. ¿Por qué no habrían de ser gente, poseer una cama igual a la de don Tomás de la volandera? Fabiano frunció la frente: ahí venían los despropósitos. Doña Vitória insistió; lo dominó. ¿Por qué habrían de ser siempre desgraciados, huyendo en el mato como animales? Seguramente existían en el mundo cosas extraordinarias. ¿Podían vivir escondidos, como animales? Fabiano respondió que no podían.

—El mundo es grande.

En realidad, para ellos era bien pequeño, pero afirmaban que era grande y marchaban, medio confiados, medio inquietos. Miraban a los niños que miraban los cerros distantes, donde había seres misteriosos. ¿En qué estarían pensando?, susurró doña Vitória. A Fabiano le extrañó la pregunta y gruñó una objeción. Los niños son animales pequeñitos, no piensan. Pero doña Vitória renovó la pregunta, y la certeza del marido se derrumbó. Ella debía tener razón. Siempre tenía razón. Ahora deseaba saber qué serían los hijos cuando crecieran.

—Vaqueros, opinó Fabiano.

Doña Vitória, con una mueca de disgusto, balanceó la cabeza negativamente, arriesgándose a derrumbar el baúl de hojalata. ¡Nuestra Señora los librara de semejante desgracia! Vaquear, qué idea. Llegarían a una tierra distante, olvidarían la *catanga* donde había cerros bajos, cencerros, ríos secos, espinos, *urubús*, animales muriendo, gente muriendo. No volverían nunca más, resistirían la nostalgia que ataca a los *sertanejos* lejos de su tierra. ¿O

acaso eran bueyes para morir tristes por falta de espinas? Se asentarían muy lejos, adoptarían costumbres diferentes.

Fabiano escuchó los sueños de la mujer, deslumbrado, relajó los músculos y el saco de comida se le escurrió del hombro. Se irguió, dando un tirón a la carga. La conversación de doña Vitória había servido mucho: habían caminado leguas casi sin darse cuenta. De repente le vino la debilidad. Debía ser hambre. Fabiano irguió la cabeza, guiñó los ojos por debajo del ala negra y quemada del sombrero de cuero. Medio día, más o menos. Bajó los ojos encandilados, intentó descubrir una sombra o señal de agua en la llanura. Estaba realmente con un agujero en el estómago. Enderezó el saco de nuevo y, para conservarlo en equilibrio, anduvo inclinado, con un hombro arriba y el otro abajo. El optimismo de doña Vitória ya no le hacía mella. Ella todavía se aferraba a fantasías. Pobre. Armar semejantes planes en esa situación, con el peso del baúl y de la calabaza enterrándole el cuello en el cuerpo.

Fueron a descansar bajo las ramas secas de una *quixabeira*, masticaron puñados de harina y pedazos de carne, bebieron en el cuenco unos tragos de agua. En la cabeza de Fabiano se secaba el sudor mezclándose al polvo que le llenaba las arrugas profundas, embebiéndose en la correa del sombrero. El aturdimiento desapareció, el estómago se había calmado. Cuando partieran, la calabaza no encorvaría la espalda de doña Vitória. Instintivamente buscó en el descampado señales de alguna fuente. Un escalofrío agudo lo estremeció. Mostró los dientes sucios en una risa infantil. ¿Cómo podía tener frío con semejante calor? Se quedó un instante así bestia, mirando a los hijos, la mujer y el pesado equipaje. El hijo mayor roía un hueso con apetito. Fabiano se acordó de la perra Baléia, otro escalofrío le corrió por la espalda, la sonrisa animal se desvaneció.

Si encontraran agua allí cerca, beberían mucho, saldrían saciados, arrastrando los pies. Fabiano le comunicó esto a doña Vitória y le indicó una depresión en el terreno. Era un bebedero, ¿no? Doña Vitória estiró el labio, indecisa, y Fabiano afirmó lo que había preguntado. ¿Acaso él no conocía aquellos parajes? ¿Estaba diciendo tonterías? Si la mujer hubiera acordado, Fabiano se habría echado para atrás, pues le faltaba convicción; como doña Vitória tenía dudas, Fabiano se exaltaba, intentaba infundirle coraje. Inventaba el bebedero, lo describía, mentía sin saber que estaba mintiendo. Y doña Vitória se excitaba, le transmitía esperanzas. Andaban por lugares conocidos. ¿Cuál era el empleo de Fabiano? Tratar con animales, explorar los alrededores, en el lomo de un caballo. Y él exploraba todo. Más allá de los cerros apartados había otro mundo, un mundo temeroso; pero hacia acá, en la llanura, conocía de memoria plantas y animales, agujeros y piedras.

Los niños se acostaron y se durmieron. Doña Vitória pidió el eslabón a su compañero y encendió la pipa. Fabiano preparó un cigarrillo. Por el momento estaban tranquilos. El bebedero indeciso se había vuelto realidad. Volvieron a murmurar proyectos, los humos del cigarrillo y de la pipa se mezclaban. Fabiano insistió en sus conocimientos topográficos, habló del caballo. Iba a morir, seguro, un animal tan bueno. Si hubiera venido con ellos, transportaría el equipaje. Algún tiempo comería hojas secas, pero más allá de los cerros encontraría alimento verde. Infelizmente pertenecía al estanciero y se moriría, sin tener quién le diera su ración. Iba a morir el amigo, lleno de pústulas y llagas, en un rincón del alambrado, viendo llegar a los *urubús* balanceándose, saltando, los animales amenazándole los ojos. El recuerdo de las aves asustadoras, que amenazaban con los picos puntiagudos

los ojos de criaturas vivas horrorizó a Fabiano. Si tuvieran paciencia, comerían tranquilamente la carroña. Pero no tenían paciencia aquellas pestes voraces que volaban allá arriba, haciendo curvas.

—Pestes.

Volaban siempre, no se podía saber de dónde salían tantos *urubús*.

—Pestes.

Miró las sombras movedizas que henchían la campiña. Tal vez estuvieran haciendo círculos alrededor del pobre caballo desvanecido en una esquina de la cerca. Los ojos de Fabiano se humedecieron. Pobre caballo. Estaba flaco, pelado, famélico, y agrandaba unos ojos que parecían humanos.

—Pestes.

Lo que indignaba a Fabiano era la costumbre que tenían los miserables de tirar picotazos a los ojos de criaturas que ya no se podían defender. Se levantó, asustado, como si los animales hubieran descendido del cielo azul y anduvieran por allí cerca, en un vuelo bajo, haciendo curvas cada vez menores en torno de su cuerpo, de doña Vitória y de los niños.

Doña Vitória percibió la inquietud en la cara torturada y se levantó también, despertó a los hijos, arregló los trastos. Fabiano recogió de nuevo la carga. Doña Vitória le desató la correa presa del cinturón, sacó el cuenco y la colocó en la cabeza del hijo mayor, sobre una rueda de trastos. Encima puso un fardo. Fabiano aprobó el arreglo, sonrió, olvidó los *urubús* y el caballo. Sí señor. ¡Qué mujer! Así él quedaría con la carga aliviada y el pequeño tendría un resguardo del sol. El peso del cuenco era insignificante, pero Fabiano se sintió liviano, pisó firme y se encaminó hacia el bebedero. Llegarían allí antes de la noche, beberían, descansarían, continuarían el viaje a la

claridad de la luna. Todo era dudoso, pero adquiriría consistencia. Y la conversación recommenzó, mientras el sol descendía.

—En peores que ésta me he visto —declaró Fabiano desafiando al cielo, las espinas y los *urubús*.

—¿No es verdad? —murmuró doña Vitória sin preguntar, sólo confirmando lo que él decía.

Poco a poco una vida nueva, todavía confusa, se fue esbozando. Se acomodarian en un sitio pequeño, lo que le parecía difícil a Fabiano, criado suelto por la llanura. Cultivarían un pedazo de tierra. Se mudarían después a una ciudad, y los niños asistirían a la escuela, serían diferentes de ellos. Doña Vitória se exaltaba. Fabiano reía, tenía deseos de frotarse las manos aferradas a la boca del saco y a la cureña del fusil de pedernal.

No sentía el fusil, ni el saco, ni las piedras pequeñas que le entraban en las ojotas, ni el olor de carroña que apestaba el camino. Las palabras de doña Vitória le encantaban. Irían hacia adelante, llegarían a una tierra desconocida. Fabiano estaba contento y creía en esa tierra, porque no sabía cómo era ni dónde quedaba. Repetía dócilmente las palabras de doña Vitória, las palabras que doña Vitória murmuraba, porque confiaba en ella. Y caminaban hacia el sur, inmersos en aquel sueño. Una ciudad grande, llena de personas fuertes. Los niños en escuelas, aprendiendo cosas difíciles y necesarias. Ellos dos viejitos, acabándose como perros, inútiles, acabándose como Baléia. ¿Qué harían? Se demoraron, temerosos. Llegarían a una tierra desconocida y civilizada, quedarían presos en ella. Y el sertón seguiría mandando gente para allá. El sertón mandarían para la ciudad hombres fuertes, brutos, como Fabiano, doña Vitória y los dos niños.

CRÓNICAS DE GRACILIANO RAMOS

A PROPÓSITO DE LA SEQUÍA

El extranjero que no conociera Brasil y leyera alguno de los libros que ha producido nuestra literatura referente a la sequía, literatura ya bien vasta, gracias a Dios, imaginaría que aquella parte de la tierra que va desde la sierra Ibiapaba hasta Sergipe es desierta, una especie de Sahara.

Realmente, nuestros autores de ficción del siglo pasado, siguiendo las buenas costumbres de una época de exageraciones, contaron tantos casos raros, sembraron en el *sertón*¹ reseco tanta osamenta, pintaron el sol y el cielo con tintas tan coloradas, que algunos políticos, sinceramente intranquilos, pensaron en transferir el resto de la gente flagelada de la región maldita hacia zonas de clima más moderado. Tuvieron esta idea feliz y después se les ocurrió contar a los hambrientos y transportarlos. Se verificó entonces que allí se apretaba, en seis estados diminutos, casi un quinto de la población de Brasil.

Hubo suspiros de alivio, alguna sorpresa y una vaga decepción. No sería fácil conducir aquel pueblo todo, a través de lugares hostiles, hacia una nueva Canaán. No sería fácil, ni sería necesario. Al final, si los nordestinos, siguiendo el precepto bíblico, se habían multiplicado tanto, entonces es que no se alimentaban apenas de raíces de *imbú*, simiente de *mucunã*², cuero de valijas y carne

1 Zona del interior poco poblada, semi-árida, lejana a la costa y a las tierras cultivadas. (N. de T.)

2 Designación común a varias plantas de la familia de las leguminosas. (N. de T.)

humana. Pues hasta la antropofagia sirvió para dramatizar la sequía, en periódicos y libros. Se suprimió la antropofagia, en los caminos blancos las osamentas disminuyeron, los ocasos se tornaron menos colorados —y se reconoció por fin que el nordeste, para sustentar población tan numerosa, debía fatalmente producir alguna cosa. Incluso admitiendo que sus habitantes fuesen demasiado económicos, tanto como las plantas que nacen entre las piedras o los animales que viven entre espinas, era preciso suponer en la tierra, para que los hombres pudieran propagarse, la existencia de plantas y animales. Porque, en fin, nadie consiguió nutrirse de la literatura, cosa que, a falta de algo mejor, el nordeste produjo en abundancia.

Pero los horrores de los estiajes, que habían originado poesías muy bonitas, aun estaban en los espíritus, la visión de “grandes bueyes sedientos mugiendo lúgubrementemente” persistía —y se creía que varios millones de personas vivían en estado de hambre permanente, imaginando la abundancia que dan los cafetales en San Pablo, y la riqueza que se arrancaba a la goma del Amazonas, abundancia problemática y riqueza hoy imposibles. La figura del *retirante*, celebrado en prosa y en verso, inspiró compasión y algún desprecio; compasión porque él era evidentemente infeliz, desprecio por ser un individuo inferior, vagabundo y medio salvaje. El sentimentalismo romántico siempre vio a las familias de los inmigrantes vagando sin rumbo por las calles, rutas sucias, cambiando niños por puñados de harina de mandioca.

Ciertamente hay demasiada miseria en el *sertón*, como en todas partes, pero no es indispensable que la lluvia falte para que el campesino pobre se deshaga de los hijos inútiles. No hay duda de que la sequía engrosó las corrientes migratorias que se dirigían al norte y al sur del país, pero la sequía es apenas una de las causas del

hambre, y de cualquier forma los nordestinos, en mayor o menor cantidad, habrían ido a cortar caucho en el Amazonas o a recoger café en Espírito Santo o en San Pablo.

¿Y qué ocasiona penuria tan grande en el nordeste? ¿Por qué la fuga de gente de allá? La verdad es que esas cosas son evidentes a consecuencia del elevado número de habitantes. Si excluyéramos la sequía, aún nos quedaría bastante miseria, y ella abultaría más que en Mato Grosso, por ejemplo, donde siendo muy espaciada, puede no ser percibida. El éxodo de los flagelados es un modo de decir. No hay éxodo. Pero sale mucha gente. Sale gente de todas partes. Por lo tanto, en una región donde se aprietan casi diez millones de individuos mal acomodados, el total de los que emigran debe ser considerable. De Pará y de Goiás no podrían salir muchos.

Tenemos un desierto extrañamente poblado, un desierto con doce habitantes por kilómetro cuadrado en Ceará, densidad igual a la de Río Grande do Sul, y cuarenta y siete en Alagoas, densidad apenas inferior a la del estado de Río. Esa gente prolífera y tenaz, amontonada en una tierra pobre, de agricultura rutinaria e industria atrasada, lógicamente vive mal. De ordinario las grandes fortunas no existen, y en medios rurales es un eterno recommenzar.

Reducida la producción, surgen decenas de oficios parasitarios, y el nordestino se dedica a uno de ellos antes que emigrar, se torna vendedor ambulante, cambiador de animales, compraventista, saqueador, se encarga en fin de circular lo poco que existe.

El tipo heroico del *cangaçeiro*³ del siglo pasado, especie de Quijote que se rebela contra el orden para

3 Bandido del *sertón* nordestino, que anda siempre fuertemente armado. (N. de T.)

corregir injusticias, por cuestiones de honra o desavenencia política, es una figura que está desapareciendo o desapareció completamente. El *cangaço* actual es una criatura que lucha para no morir de hambre. Aquel era un propietario que, perseguido por vecinos más fuertes, tomaba armas y, con un pequeño grupo de parientes y aliados, resolvía eliminar al delegado, al juez, a todas las autoridades que favorecían a sus enemigos; éste es un sujeto sin escrúpulos, que probablemente no conserva el recuerdo de ofensas recibidas y si, alguna vez tuvo asunto alguno con la policía y durmió en la cárcel, considera el hecho natural, pues "robar del Gobierno no es injuria". El *cangaço*⁴ antiguo, en que surgían rasgos de caballerismo, ciertamente dudoso, pero al final aceptados sin dificultad y propagados por los trovadores ignorantes del interior, era fenómeno de orden social; el de hoy, bárbaro, monstruoso, es una consecuencia de la desorganización de la economía. El primero dio a Jesuíno Brilhante, el segundo produjo a Lampiao.

Esa desorganización no es tal vez efecto sólo de la sequía. Procesos rutinarios en la agricultura, industria precaria, explotación horrible del trabajador rural, falta de administración, deben haber contribuido, tanto como la sequía, al atraso en el que vive la quinta parte de la población del Brasil.

NORTE Y SUR

Esa distinción que algunos caballeros intentan establecer entre la novela del norte y la novela del sur, da al lector la impresión de que los escritores brasileños forman dos grupos, como las pastorcitas de Navidad, que bailan y cantan afiliadas al cordón azul o al cordón rojo.

En realidad, la geografía no tiene nada que ver con eso. No podemos trazar en el mapa una línea divisoria de los campos donde los cordones cantan y bailan.

Lo que sucede es que a algunas personas les gusta escribir sobre cosas que existen en la realidad, otras prefieren tratar hechos existentes en la imaginación. Esos hechos y esas cosas se vuelven mercaderías. El crítico, provisto de balanzas y otros instrumentos adecuados, puede medirlas, pesarlas, decidir sobre la mano de obra y la calidad de la materia prima, hasta cierto punto aumentar o reducir la demanda, pero quien juzga definitivamente es el cliente, que compra y paga.

El fabricante que no encuentra mercado para su producto se enoja —es lógico—, se queja —con razón— de la estupidez pública, pero no debe atacar abiertamente la exposición del vecino. El ataque hecho por un competidor no merece crédito, el consumidor desconfía de él.

Ahora bien: en estos últimos tiempos surgieron referencias poco lisonjeras a las vitrinas donde los autores nordestinos colocan cuchillos de punta, sombreros de cuero, escenas espantosas, religión negra, el *cangaço* y la chacra, cosas que existen realmente y son recibidas con satisfacción por las criaturas vivientes.

4 Por *cangaço*. (N. de T.)

Las muertas, guardadas en bibliotecas, naturalmente se disgustan con eso: detestan al señor Lins do Rêgo, que descubrió muchas verdades hace siglos, escondidas en el fondo de los cañaverales; al señor Jorge Amado, responsable por aquellos horrores de la Ladera del Pelourinho; a la señora Raquel de Queirós, mujer que se tornó indiscreta después de "Joao Miguel".

Los enemigos de la vida tuercen la nariz y cierran los ojos frente a la narrativa cruda, de expresión áspera. Quieren que se fabrique en las novelas un mundo diferente de éste, una confusa humanidad sólo de almas, llenas de sufrimientos incoherentes que el lector común no entiende. Ponen esas almas lejos de la tierra, sueltas en el espacio. Un espiritismo literario excelente como *ilusión*. No admiten los dolores ordinarios, que sentimos porque los encontramos en todas partes, en nosotros y fuera de nosotros. La miseria es incómoda. No toquemos lo inmundado.

Son delicados, son refinados, sus nervios sensibles en demasía no toleran la imagen del hambre y la palabrota obscena. Hagamos frases dulces. O arreglemos torturas interiores, sin causa. Es bueno no contar que la molienda de la usina trituró al muchacho, el tiburón comió al barquero, y un sujeto metió el cuchillo hasta el cabo en la barriga del otro. Eso es desagradable.

Lo es, efectivamente. Es desagradable, pero es verdad. Y lo que es más desagradable, y también verdad, es reconocer que, a pesar de haber sido muchas veces injuriada esa literatura, el público se interesa por ella.

Orientemos al público. La orden es pitar, reclamar, protestar, reducir al silencio a algunos tipos indeseables.

No hay grupo norte ni grupo sur, está claro. Pero realmente los nordestinos han escrito inconveniencias. Pues,

¿no fue el señor Amando Fontes el que dijo que las hijas de los operarios se prostituyen?

Ataquemos al señor Amando Fontes y a otros, a los que han aparecido últimamente de Ceará hasta Bahía, exceptuando a los que no dijeron nada. Vamos a hablar mal de todos los novelistas que aluden al hambre y a la miseria de las *bagaceiras*,¹ de las prisiones, de los barrios obreros, de las pensiones. Sabemos todo eso. Y la literatura se purificará tornándose inofensiva y color de rosa, no provocará el mal humor de nadie, no perturbará la digestión de los que pueden comer. Amén.

1 Ambiente de los ingenios de caña de azúcar. (N. de T.)